

Matrimonio en peligro

Miranda Lee

Matrimonio en peligro

Brooke estaba felizmente casada con el millonario italiano Leonardo Panini... hasta que escuchó una conversación que sugería que Leo había estado enamorado de la mujer de su hermano. Al principio, Brooke no podía creer que aquello fuera cierto, pero poco a poco fue encontrando dolorosas pruebas que decían lo contrario, y que apuntaban a que estaba viendo a la hermosa viuda en secreto. ¿Qué era lo que debía hacer? ¿Debía sacar a la luz todo aquel engaño?Él la deseaba tanto como antes y Brooke veía en eso un modo de enmendar su matrimonio. Estaba dispuesta a luchar por el hombre al que amaba, no enfrentándose a él con la verdad, sino dándole lo que necesitaba en la cama.

Prólogo

BROOKE trató de prepararse para la tormenta que se le vendría encima de un momento a otro. Sabía que a su madre no le había gustado la noticia, pero, después de todo, eso no era nada nuevo, A su madre nunca le gustaban las decisiones que ella tomaba

Broche no era, a pesar de todo, una hija que buscara conflictos ni creara situaciones difíciles con frecuencia. Solo había contradicho los deseos de su madre unas pocas veces en sus veintidós años de vida y las transgresiones a la ley materna no habían sido nunca de gravedad.

Su mayor reto a la voluntad de Phycis Frenan había sido estudiar hostelería y trabajar como aprendiza en un hotel de Sydney, en lugar de dedicarse al derecho, como su progenitora hubiera deseado. También, había optado por alquilarse un pequeño apartamento en Bondi.

Pero ninguna de aquellas decisiones había sido nada comparada con la de casarse al día siguiente en el registro civil con un hombre del que su madre no había tenido noticias hasta entonces.

La tensión crecía cada vez más, mientras Broche esperaba a que su madre reaccionara a la noticia. Pero Phycis Frenan no decía nada, y estaba allí, sentada y silenciosa, fumando.

No era la táctica habitual de su madre. Muy al contrario, solía ser una persona de palabra ágil e incisiva, inteligente y rápida en su forma de pensar y de expresar lo que quería, sin miedo a utilizar una lógica devastadora, si eso la llevaba a la consecución de sus propósitos.

Era una profesional de ideas claras, especialmente en todo lo referente al papel de la mujer en la sociedad moderna.

Era una abogada especializada en casos de discriminación y una feminista activa. Había logrado espantar a dos maridos estupendos y nunca había aprobado a ninguno de los novios que Broche había traído a casa.

Precisamente por eso, Broche no había querido presentarle a Leo, pues eso habría supuesto poner en peligro la relación con un hombre al que consideraba el amor de su vida.

Sin embargo, las cosas se habían complicado demasiado y había llegado el momento de informar a su madre del estado de la situación.

Broche había llegado a pensar en la posibilidad de no decirle nada hasta después de la boda, pero había descartado esa opción por considerarla innecesariamente cruel. En aquel momento,

empezaba a preguntarse si no habría sido más inteligente haberlo hecho así.

Phycis apagó el cigarrillo y levantó la cabeza. Broche sintió la amenazante mirada de su madre como un arma cargada que le apuntara directamente a los ojos.

-¿Lo del matrimonio fue idea tuya, Broche? -preguntó con frialdad-. ¿O fue suya?

-Suya -respondió Broche con orgullo. En el instante en que le había dicho lo del bebé, Leo le había propuesto matrimonio. Broche se había sentido feliz y realizada, pues aquella era la prueba de que la amaba realmente.

Su madre siempre decía que las acciones hablan más que las palabras. Para Broche aquel gesto significaba que Leo no solo quería de ella su cuerpo y su belleza, tal y como le había ocurrido con otros hombres anteriormente. Leo la quería a ella.

Broche sabía que Phycis había tenido aquella misma sensación en su juventud. Todos los hombres que había habido en su vida, se habían visto cegados por su belleza, y habían sido incapaces de amar a la persona que había detrás de aquel físico imponente. En su juventud,Phyllis Freeman había sido absolutamente preciosa, con un largo cabello dorado, la piel sonrosada y cremosa y unos labios sugerentes y sensuales. A Brooke solían decirle que era la viva imagen de su madre.

Sin embargo, los años y el tabaco habían hecho mella en su belleza, habían envejecido aquel rostro angelical, y una cierta amargura interna había enrarecido el gesto amable de su boca. Llevaba el pelo corto y desordenado, descuidado. Estaba demasiado delgada y se alimentaba de café.

A Brooke había llegado a preocuparle seriamente su estado de salud.

-Supongo que te niegas a considerar la posibilidad de un aborto -dijo Phyllis.

Brooke odiaba a su madre cuando optaba por posturas extremas en situaciones que no las requerían.

-Claro que me niego -dijo indignada-. Quiero a Leo, mamá, con todo mi corazón.

-Estoy segura de ello -dijo la madre con cinismo-. Dime si no, qué motivaría a una muchacha inteligente como tú a acostarse con un hombre sin utilizar ningún tipo de protección. Pero, la pregunta es, porqué lo hizo él.

Brooke se negó a explicar nada al respecto. No estaba dispuesta a admitir que, llevada por la pasión y el romanticismo, había

obviado la necesidad de protección, considerando que no había posibilidad de que se quedara embarazada en el momento en que estaba. No había querido pedirle que se detuviera. La misma situación se había repetido noche tras noche, una y otra vez, a lo largo de la primera semana.

Sin embargo, cuando al final de aquellos siete días, y llegada la fecha precisa, el periodo no había aparecido, empezó a preguntarse si era normal. Pasados quince días, se hizo una prueba de embarazo y descubrió que, efectivamente, iba a ser madre. Temerosa de confesar lo que realmente había ocurrido, le contó a Leo que había olvidado tomar la pildora aquella primera y tempestuosa noche juntos.

La reacción de Leo al confesarle lo de su embarazo había sido increíble. En ningún momento se había enfadado. Muy al contrario, la había reconfortado cuando se había puesto a llorar y la había apoyado con firmeza.

-No te preocupes, mi micetta -le había dicho, mientras la abrazaba. Siempre la llamaba así. Significaba «gatito». Siempre le decía que parecía un gatito después de hacer el amor, que se acurrucaba y ronroneaba-. Nos casaremos en cuanto esté todo dispuesto. Lo único es que no será una gran boda y no podremos tener luna de miel. No tengo tiempo para una luna de miel en este momento -¿Y a qué se dedica ese futuro esposo tuyo?-preguntó Phyllis.

-Es un hombre de negocios. Lleva la empresa familiar que se dedica a exportar productos italianos a todo el mundo. Leo está a punto de abrir una oficina en Sydney.

-¡Qué impresionante! -dijo ella en un tono hiriente-. ¿Y cómo lo conociste? No es el tipo de novio que te sueles buscar.

-Está viviendo en una suite del Majestic hasta que encuentre la casa que quiere -dijo Brooke.

El Majestic era uno de los hoteles más caros y lujosos de Sydney. Brooke había trabajado allí durante seis meses. Una noche de hacía dos meses, había alzado la vista y se había encontrado con aquel increíble hombre de ojos negros.

-¿Cómo se apellida? -preguntó Phyllis-. Quiero saber el nombre completo de ese devastador individuo que ni siquiera es capaz de presentarse en persona a dar la cara.

-Leo quería venir. Fui yo la que le rogué que no lo hiciera.

-¿De verdad?

-Sí. Se llama Leonardo Giuseppe Parini-dijo con orgullo. Su estirpe era muy antigua y, en el siglo XVIII uno de sus

tatatarabuelos había sido un conocido poeta italiano.

-¿Es italiano?

Brooke se sorprendió de la negativa reacción de su madre.

-Sí. Nació en Milán. Pero habla perfectamente inglés, porque se pasó su infancia viajando de un lugar a otro. Luego estudió empresariales en Harvard. Ha estado trabajando en Nueva York, Londres y París, ahora está aquí, en Sydney. Apenas si tiene acento.

-Su acento no es el problema, Brooke. El problema es que su educación es italiana.

-¿Y por qué es eso un problema?

-Bueno, eso explica por qué se quiere casar contigo. Los italianos dan mucha importancia a los hijos. Supongo que te das cuenta de que, en cuanto le ponen el anillo en el dedo, las mujeres se convierten en ciudadanos de segunda. Las esposas italianas nunca son compañeras, sino posesiones con un único objetivo en la vida, que es el de criar.

-Leo no es así -lo defendió Brooke, con el rostro encendido por la rabia y el resentimiento. Su madre no tenía ningún derecho a hacer un juicio así sin haber conocido a Leo-. Estás equivocada, mamá. Te has precipitado al decir lo que acabas de decir y lo sabes.

Su mejor amiga en el instituto era italiana y recordaba a su padre como un hombre maravilloso. A Brooke le encantaba ir a casa de su amiga Antonia pues había un clima de amor y comprensión.

-No seas ridicula -dijo su madre-. Todos los hombres son así en cuanto se les da la oportunidad de serlo. Si a eso añadimos el chauvinismo de los italianos en general, la mezcla es explosiva. Los italianos se creen dioses dentro de su círculo familiar y exigen que se les trate como tales. Las italianas lo hacen, porque las .educan con distintos principios y expectativas. Pero tú no eres italiana y en ti hay mucho más mío de lo que tú te crees. Te hará infeliz.

-¡Estás equivocada! -protestó Brooke-. No me hará infeliz porque yo no voy a hacerle infeliz a él. No voy a provocar que me abandone, como hiciste tú con mi padre, con peleas constantes y críticas a todo lo que hacía y decía. No me extraña que te abandonara. Yo le voy a dar a mi esposo todo lo que necesite.

-Te vas a convertir en un pelele, quieres decir.

-No. Me voy a convertir en una esposa.

-Que es lo mismo a ojos de un hombre. Brooke se cubrió la nuca con las manos en un gesto de desesperación y frustración.

-Tú nunca has sabido hacer feliz a un hombre.

-No si eso supone anular todas mis opiniones y deseos. Brooke, eres una muchacha inteligente y bastante cabezota y decidida a tu

modo. Si crees que anular todo lo que eres te traerá la felicidad, te vas a llevar una gran decepción.

Brooke no respondió inmediatamente. Apretó los dientes y contó hasta diez.

-¿Vas a venir a mi boda o no?

-¿Hay alguna diferencia entre si lo hago o no?

Brooke suspiró.

-Por supuesto que la hay. Yo quiero que vayas a mi boda; eres mi madre.

-Entonces estaré allí, y también estaré allí para recoger tus trozos una vez que la luna de miel se haya acabado.

-Leo y yo no nos vamos a divorciar, pase lo que pase.

-Eso es lo que dices ahora -Phyllis se encendió otro cigarrillo-. Pero ya hablaremos dentro de cinco años.

-La respuesta será exactamente la misma.

-De verdad que espero que así sea, cariño -dijo la madre sinceramente e inhaló humo con vehemencia-. ¿Voy a conocer a ese guapo italiano con el que te vas a casar o no? Porque asumo que es guapo. Nunca te he visto salir con un solo hombre que no lo fuera.

Brooke alzó la barbilla desafiante.

-Sí, claro que lo es.

-Pues vete a buscarlo. Empiezo a sentir cierta curiosidad por ese tal Leonardo Giuseppe Panini.

Brooke hizo lo que su madre le había pedido y regresó sonriente y orgullosa agarrada del brazo de su futuro marido. Sabía que Leo no era guapo, sino impresionante en todos los sentidos.

Era un hombre maduro y sofisticado de treinta y dos años, un metro ochenta y cinco y un cuerpo y un rostro de ensueño. Combinaba en él lo mejor de una belleza latina, con unos hermosos ojos negros, una boca espléndida y un pelo negro y brillante. Pero a eso había que añadirle la gracilidad de sus movimientos y la elegancia de sus formas.

Brooke se creció satisfecha al ver cómo su madre se quedaba inevitablemente boquiabierta ante el hombre que iba a su lado.

-Este es Leo, mamá -dijo Brooke, mientras le acariciaba el brazo a su futuro marido.

Phyllis Freeman se había quedado sin palabras.

Capítulo 1

Italia, cinco años más tarde.

BROOKE se estiró en la cama y trató de dormir, tal y como hacía todo el mundo a aquella hora. Pero le era imposible. Nunca había podido dormir la siesta. Además, estaba inquieta.

Estaba en una de las habitaciones de invitados, la más grande y lujosa de toda la casa. Allí era donde dormían cada verano cuando visitaban a los padres de Leo en la finca de verano del Lago Corno.

Brooke se acordó de la primera vez que había ido allí, en compañía de su marido y de su hijo, aún muy pequeño.

-Tendréis lo mejor aquí -les había dicho la madre de Leo al llegar.

Así había sido año tras año y sus estancias en la villa siempre habían resultado períodos maravillosos. Tenían la ayuda de una muchacha italiana que hablaba inglés y que le facilitaba el trabajo con los niños. Eso convertía aquel período de vacaciones anual en la luna de miel que nunca habían tenido.

Su vida sexual siempre había sido buena. Más que buena, fantástica, aunque, agotada por el trabajo de la casa y de los niños, Brooke no siempre tenía ganas de hacer el amor.

Sin embargo, siempre se dejaba llevar por su esposo y acababa por resultar una relación placentera, aunque ocasionalmente tuviera que fingir algún que otro orgasmo.

No obstante, durante sus estancias en la villa de verano, las cosas siempre eran más idílicas. La ayuda que le prestaba una joven italiana con los niños, hacía que Brooke no fuera una madre agotada, sino una mujer enamorada de su marido.Leo en aquellas épocas se volvía prácticamente insaciable, necesitándola no solo por la noche, sino también durante el día.

Hacía cuatro años que le había sugerido por primera vez que durmieran una siesta juntos. A Broche le había extrañado semejante sugerencia, pues Leo no era un hombre especialmente necesitado de sueño, sino, más bien, un torbellino siempre lleno de energía que requería dormir muy poco para estar en plena forma.

No obstante, Leo insistió y ella accedió, complaciente.

La siesta acabó por convertirse, en realidad, en un apasionado encuentro de dos horas, durante las cuales hicieron el amor desaforadamente.

Aquello se convirtió, a partir de entonces, en una rutina diaria.

Nueve meses después, nació Claudia.

Sin embargo, aquella última visita a la villa no tenía el mismo carácter que habían tenido todas las anteriores. No estaban allí de vacaciones, sino para un funeral.

Lorenzo, el hermano de Leo, había fallecido en un accidente de coche, al perder el control de su Ferrari en una curva cerrada junto al lago.

Francesca, su mujer, no iba en el coche en el momento del impacto, aunque, dadas las circunstancias y el aspecto circunspecto y dolorido de la esposa, no se debía de sentir en absoluto afortunada. La pobre mujer estaba destrozada durante el funeral.

Francesca no tenía familia directa que la pudiera ayudar a aplacar su dolor, de modo que se quedó en la villa, donde sus suegros podrían reconfortarla, a pesar de que su tristeza era infinita.

El suyo había sido un matrimonio sin hijos, lo que, para Broche, era realmente triste, especialmente en aquellas circunstancias, pues la presencia de un hijo le habría dado un motivo para seguir adelante y luchar.

En una ocasión, Broche había tratado de hablar con ella, de darle pie para que se abriera. Pero la mujer se había echado a llorar y había salido corriendo a su habitación.

Broche se había sentido fatal durante todo el día y le había comentado a la madre de Leo lo sucedido. Sopita la había reconfortado tomando su mano y pidiéndole que no se preocupara innecesariamente. Francesca era así.

Broche había entendido, exactamente, a qué se refería. Francesca era una mujer débil, carente de personalidad, aunque, eso sí, muy hermosa. Pero nunca decía nada y, mucho menos, lo que pensaba.

Francesca siempre se sentaba junto a su marido, en silencio, y lo miraba nerviosamente, como si esperara a que le dijera lo que debía hacer o decir. Broche no sabía si era porque adoraba a su esposo o porque lo temía.

Lorenzo era dos años mayor que Leonardo, atractivo y aparentemente jovial y cálido. Pero a Broche no le gustaba y tenía motivos. Un día, en una de las fiestas que la familia celebraba durante el verano, él la había seguido cuando se dirigía a retocarse el maquillaje, le había interceptado el paso, y le había hecho las proposiciones más descabelladas. Desconcertada y sin saber qué hacer, había huido a toda prisa de allí y había regresado a la fiesta. Por supuesto, no le había contado nada a Leo, pues ya desde hacía tiempo había notado que ocurría algo entre los hermanos. Se

trataban de un modo distante y civilizado, pero poco fraternal. A Broche le daba la sensación de que a Leo tampoco le gustaba en exceso Francesca, sensación que le había confirmado la reacción que había tenido ante la súbita partida de su cuñada. Había decidido marcharse a Milán, para estar sola, según había dicho. Nadie parecía apoyar la idea, excepto Leo.

Broche tampoco tenía reparos en que se marchara, pues, realmente, su presencia en la casa no hacía sino crear tensión, una tensión que no llegaba a comprender.

Leo pasaba la mayor parte del tiempo trabajando, solventando, no solo sus problemas, sino también todos aquellos asuntos que, hasta entonces, había llevado su hermano.

Broche sabía que aquello era bueno para su esposo, pero también empezaba a resentirse de sus continuas ausencias y del poco tiempo que pasaba con ella y con los niños.

Pero, lejos de solucionarse, las cosas habían ido empeorando en la última semana. Cada noche llegaba un poco más tarde y siempre estaba tan cansado que se limitaba a cenar, darse una ducha y meterse en la cama, sin hacer el amor, lo que era excepcional en él.

Si había una rutina certera con su marido, era la sexual y ya empezaba a echar de menos la sensación de amor e intimidad que le daba estar en sus brazos cada noche. A todas las mujeres les gusta sentirse deseadas.

Broche suspiró y se levantó de la cama, cansada de no poder dormir. Agarró una novela y se dirigió al balcón. Se echó en una tumbona y abrió el libro por la página marcada la noche anterior. Después de leer y releer una página sin poder concentrarse, cerró el libro y permaneció sentada, tratando de relajarse.

Observó el incomparable paisaje que la rodeaba. La primera vez que había visto el lago se había quedado impresionada de su belleza. Rodeado de montañas escarpada y violentas, de laderas verdes y pobladas, con sus aguas azules y calmadas, era aquel un lugar casi irreal, donde se alzaba la villa familiar como otro regalo de la naturaleza.

La casa, aunque no tan grande como otras que la rodeaban, era hermosa y lujosa, y hablaba tácitamente de la evidente riqueza de los Panini. Había sido construida en el siglo dieciocho, contaba con varios pisos y más habitaciones de las que Broche podía contar, además de varios salones, terrazas y una piscina climatizada. Tenían, además, una lancha y un yate en el embarcadero privado al que se accedía desde los jardines de la casa.

A todo eso, había que añadir un sinfín de objetos valiosos que

decoraban el interior de la villa familiar y que, en más de una ocasión, había temido que pudieran caer en manos de su pequeño hijo Alessandro.

Alessandro era energético y travieso, siempre moviéndose de un lado a otro. Pero, por algún motivo, siempre había respetado los objetos importantes, como si supiera que eso tenía un valor intrínseco incluso para él.

Aunque la mitad de su sangre era australiana, Alessandro era un niño muy italiano, afectivo, ruidoso y exigente, y demasiado guapo, con el pelo y los ojos de su padre.

Claudia también era preciosa, con el pelo y los ojos oscuros, pero era mucho más tranquila y calmada.

Alessandro, sin embargo, se había negado desde muy pequeño a aceptar un no por respuesta. Era el vivo retrato de su padre.

Pensó una vez más en Leo. Tenía que admitir que no era, precisamente, el hombre más fácil del mundo y que era intransigente. Siempre quería que las cosas se hicieran a su modo. Broche había estado tentada en más de una ocasión a llevarle la contraria, pero había optado por no hacerlo y por condescender.

Pero cuando nació Claudia, tuvo un pequeño altercado.

Ella quería que su hija se llamara Chloe. También había querido que Alessandro hubiera sido Alexander, pero no había entrado en discusiones cuando Leo le había explicado que el heredero de la fortuna de los Panini tenía que llevar un nombre italiano.

A Broche no le había importado realmente, pues, después de todo, era el mismo nombre. Pero con respecto a su hija, la cosa era diferente. Siempre había soñado con poder elegir el nombre de su niña. Leo se había puesto furioso cuando le había llevado la contraria, más furioso de lo que nunca pensó que lo podría haber visto.

-Soy el cabeza de familia, y lo que yo diga se hace -había sido su respuesta final.

Durante unos minutos, Broche se había sentido abrumada por una cierta sensación de desesperación y había estado tentada de decirle: «Eres exactamente como mi madre me había advertido que eras». Sin embargo, había optado por el silencio y, una vez más, había acabado

por ceder.

Phyllis le había dicho que se convertiría en un pelele. Y quizás había algo de cierto, pero a ella no le importaba, pues era feliz... casi siempre.

Desde la terraza oyó el teléfono. Se sobresaltó ligeramente y se

incorporó, pero, pronto dejó de sonar y Broche se relajó. Agarró de nuevo el libro y se sumergió en la lectura. Había logrado concentrarse, cuando las voces que procedían de la terraza la sacaron de la historia escrita y la llevaron a otra historia más personal.

Eran la madre y el padre de Leo. Hablaban en italiano, y Broche, a aquellas alturas, lo comprendía perfectamente.

-Era Leonardo -le dijo Sopita a su marido.

Broche aguzó el oído.

-¿Pasa algo? -preguntó Giuseppe.

-Va a llegar tarde otra vez. No quiere que lo esperemos para cenar.

Broche esperaba que hubiera llegado un poco antes aquel día.

-¿Y? -preguntó Giuseppe-. ¿Por qué estás preocupada?

-Porque no creo que esté realmente en la oficina -dijo Sopita algo alterada. Broche se incorporó.

-Yo creo que está con Francesca. Broche sintió un pinchazo en el corazón.

-¿Qué? -Giussepe se sobresaltó-. ¡No digas bobadas, mujer! Leonardo no es de ese tipo de hombres. Nunca le sería infiel a esa maravillosa esposa que tiene. ¡Nunca!

Broche no salía de su asombro. Por un momento, pensó que se iba a desmayar.

-En una situación normal, claro que no, pero esta no es una situación normal. Leonardo estaba enamorado de Francesca mucho antes de que Broche apareciera en su vida. Nunca superó que su hermano Lorenzo le robara a su prometida.

-¡Eso ocurrió hace muchos años!

-Sí, pero yo siempre he sabido que una vez que Leonardo se enamorara de una mujer, nunca dejaría de quererla.

-¿Te lo ha dicho él?

-No me hace falta. Soy su madre. ¿Te ha dicho a ti alguna vez que esté enamorado de su mujer?

Broche esperanzada quería oír un sí rotundo de los labios de su suegro, pero ese sí nunca llegó.

-Los hombres no hablan de esas cosas, pero es tan claro como el agua. Sopita suspiró.

-Estoy segura de que, a su modo, quiere a Broche. Es una muchacha estupenda, hermosa y tremendamente dulce. Pero sigue enamorado de Francesca. Nunca olvidaré los ojos con los que la miraba el día de la fiesta de compromiso. Que se la encontrara en la cama con su hermano fue una verdadera desgracia.

Broche no podía soportar todo aquello. Su esposo, su adorado Leo, amaba a Francesca y había estado comprometido con ella.

-Por desgracia, Leo se equivocó con ella, se comportó como un caballero y no quiso seducirla hasta después de la boda. Creyó que respetar su virginidad era el modo correcto de hacer las cosas. Pero a Lorenzo no lo detenía nada. Se limitaba a tomar lo que quería, sin escrúpulos y se aprovechó de la decadente debilidad de una mujer como Francesca.

-¡Estás diciendo sandeces! Lorenzo no era como dices. No era realmente cruel, solo débil. De otro modo, no se habría casado con ella. Sé que Lorenzo se había enamorado locamente de ella y era correspondido. Quizás lo que hicieron no estuviera bien, pero, obviamente, Francesca no amaba a Leo. Lorenzo me contó que Francesca se quería casar con él porque era amable y se sentía tan sola después de la muerte de su padre... En cuanto Leonardo entendió lo sucedido, todo lo que sentía por ella desapareció.

-Si ya no le importaba Francesca, ¿por qué se marchó huyendo a Australia y por qué no regresó para la boda de su hermano?

-¡No huyó a Australia, fui yo quien lo mandó allí! Respecto a lo de la boda, tienes que entender que su orgullo estaba herido.

-Quizás fuera así. Pero yo creo que ahora que su hermano ha muerto, Leonardo ha ido a por aquello a lo que había renunciado: tener a Francesca en su cama.

-¡No creo que un hombre de esta familia fuera capaz de deshonrar el apellido Panini de ese modo!

-¿Por qué no? Tu otro hijo lo hizo.

-Lorenzo pudo cometer errores, porque era un hombre muy atractivo y las mujeres se lanzaban a él. Es una lástima que Francesca no pudiera tener hijos, porque son los hijos los que retienen a un hombre en casa. ¡Y dejemos de hablar de Lorenzo! Nuestro hijo ha muerto y no tenemos derecho a enturbiar su memoria. Estás equivocada respecto a Leonardo y ya no quiero oír nada más.'

-Cerrar los ojos ante la realidad no va a solucionar nada -dijo Sopita con tristeza.

-Pues quizás sea lo que debemos de hacer -dijo Giuseppe-. Si Leo es tan necio como para tener un lío con Francesca, pronto se dará cuenta de su error y volverá a casa. Es más, Leonardo y su familia volverán a Australia en dos días. Deja que las cosas se solucionen solas.

-Quizás tengas razón, pero dos días pueden ser muy largos...

Capítulo 2

BROOKE regresó a su habitación silenciosamente, para no llamar la atención de la pareja que estaba en la terraza de abajo.

Se lanzó sobre la cama con desesperación y se cubrió los ojos como si, al impedir que la luz entrara, también pudiera detener el horror de lo que acababa de escuchar.

¡Leo estaba enamorado de Francesca, la que, tiempo atrás había sido su prometida!

Todo aquello le parecía increíble, pero, al mismo tiempo, explicaba muchas cosas. Aquella aparente frialdad hacia su cuñada no era sino la otra cara del amor.

Además, Broche reconoció que nunca le había dicho que la amara. Le había dicho que la deseaba, que la necesitaba, pero nunca que la amaba.

El dolor que sentía no era solo emocional, sino físico, un dolor intenso en el corazón, un pinchazo intenso que le impedía respirar.

Se levantó pesadamente y se dirigió al baño. Se mojó la cara con agua fría y trató de aspirar algo de aire.

Al levantar el rostro, se encontró una imagen desconocida en el espejo. Estaba pálida y sus ojos grandes hablaban de un dolor nunca sentido hasta entonces. La barbilla temblorosa era el anuncio de las lágrimas que ya empezaban a derramarse por sus mejillas.

Se sujetó con fuerza al lavabo para evitar caerse.

¿Qué iba a hacer?

De pronto, necesitaba a su madre. Pero su madre era, precisamente, la última persona a la que debía llamar. Le reprocharía que no la hubiera escuchado, le recordaría que ya se lo había dicho.

Broche se dio cuenta de que hacía casi cinco años que su madre le había advertido que, en ese tiempo, su adorado marido dejaría de serlo y haría su vida miserable. La semana próxima era, precisamente, su aniversario de boda. ¡Había acertado!

¿O no?

Tal ver era Giuseppe el que tenía razón y no Sopita. ¿Y si, sencillamente, no le importaba ya la esposa de su hermano, aún cuando en el pasado la hubiera amado? Era posible.

Sí, quizás nunca le había dicho a Broche que la quería, pero había sido, hasta entonces, un amoroso esposo, ansioso por compartir su lecho con ella... hasta hacía tres semanas. Desde el funeral de Lorenzo no había vuelto a tocarla. Pensaba que su falta de deseo estaba motivada por el dolor y el cansancio.

Sin embargo, de pronto aparecía otra posible razón.

Broche sintió un profundo dolor dentro.

De pronto, todo encajaba. La repentina partida de Francesca a Milán, el modo en que Leo había admitido la partida, contra la voluntad de todos los demás. Así podían verse lejos de la familia, lejos de su esposa.

Francesca se habría entregado fácilmente a la firme determinación de Leo, y se habría dejado llevar, tal y como hacía siempre.

El dolor dio paso a la ira. Una rabia inmensa sustituyó a las apesadumbradas lágrimas que bañaban sus ojos.

Giuseppe preferiría hacer oídos sordos al adulterio de su hijo, pero ella no.

Agarraría el coche de Sopita y se iría a Milán, al apartamento que Francesca compartía con su esposo y que sería, en aquel momento, lecho adúltero. Sabía cómo llegar hasta allí pues había ido en varias ocasiones.

Solía conducir el coche cuando volvían de las lujosas fiestas que celebraba Lorenzo, pues el exceso de vino no era un buen aliado para Leo como conductor. Ella no bebía apenas, pues desde el primer momento, él se lo había prohibido.

-No me gusta lo que te hace la bebida. Te pones agresiva, como tu madre -le había dicho.

Aquel comentario había sido suficiente para acallar cualquier protesta.

Nunca, en sus cinco años de relación, había tratado Broche de imponer su voluntad, ni de pelear por lo que deseaba.

-¡Eres una necia, Broche! -se dijo frente al espejo-. Te has comportado como un borrego. ¡No me extraña que se crea con derecho a engañarte!

Pues bien, en breve, se iba a llevar una sonora sorpresa, al verla aparecer del modo más inesperado.

Al llegar, se pasaría por la oficina, para comprobar que su coche no estaba allí. De encontrarse en ella, todo estaría solucionado y tendría que admitir que Giuseppe tenía razón.

Pero su instinto le decía que Sopita sabía de qué hablaba y que una vez abiertos los ojos, ese instinto femenino era implacable.

-Mis ojos están ahora bien abiertos, Leonardo Panini. ¡Qué Dios te proteja!

Con una rabia fría y dirigida a su propósito de venganza, se cepilló cuidadosamente el pelo y se pintó los labios.

Bajó al salón, donde su suegra estaba leyendo una revista. Le

gustaba mucho aquella amable mujer de corazón generoso. Pero al verla, se dio cuenta de que su gesto estaba teñido por la tristeza y el pesar.

Broche sintió un dolor aún más profundo. No quería hacerle daño,ni crear un innecesario conflicto.

-¡Broche! -dijo la mujer sobresaltada al verla aparecer-. Pensé que estabas dormida.

-Lo he intentado, pero me duele la cabeza.

-¡Vaya! ¿Necesitas algo?

-No, gracias. Es que me va a venir el periodo y, a veces, me ocurre. Lo que suelo hacer si esto me sucede es darme una vuelta, bien en coche o bien andando. Había pensado que, tal vez, me podrías dejar tu coche.

-Sí, sí, por supuesto. Pero, ¿a dónde vas?

-No sé, a dar una vuelta.

-¿Quieres que te acompañe?

-La verdad es que prefiero ir sola. Además, necesitaría que me echaras una mano con los niños, si se despiertan.

-Por supuesto.

Cinco minutos después, ya estaba de camino a Milán. Recorría cuidadosamente las intrincadas carreteras de montaña, temerosa de dejar a sus hijos sin madre en el fragor de un problema conyugal.

Estaba impaciente por llegar a Milán y comprobar por sí misma si las sospechas de Sopita y las suyas eran ciertas.

Tardó una hora en llegar y fue directamente al bloque de apartamentos de Francesca, obviando la primera intención de ir a la oficina.

Pensó que estaba preparada para lo que allí habría de encontrarse, pero no fue así al ver el coche de Leo realmente aparcado ante el edificio de Francesca.

El estómago se le contrajo y los ojos se le llenaron automáticamente de lágrimas. Tuvo el tiempo justo de abrir la puerta y salir del coche, antes de vomitar. Inevitablemente, se salpicó el vestido.

Volvió al coche y se sentó.

En lo único que podía pensar era en que el hombre al que amaba, su esposo, estaba en aquel edificio con otra mujer.

No tenía sentido negar la evidencia. Había mentido, y si lo había hecho, eso significaba que no se trataba de un visita inocente.

De pronto, aquella abrumante realidad hizo mella en su coraje. Tenía miedo de lo que podía suceder si entraba y los encontraba juntos.

Después de algo así, ya no habría vuelta atrás. No podría dejar que quedara como algo pasajero, como una pasión fugaz, tal y como Giuseppe había propuesto.

Si se enfrentaba a ellos, eso acabaría con su matrimonio, aún cuando ninguno de los dos lo quisiera así. Pero el orgullo acabaría con todo. Su propio orgullo.

Una cosa era vivir con un hombre que sabía no la quería y otra, muy diferente, hacerlo con alguien que es consciente de que ella lo sabe. Eso la hería demasiado.

Pero había algo que sí podía hacer: darse la vuelta y regresar por donde había venido. Dejar pasar la tormenta, con la esperanza de que lo que estuviera sucediendo entre ellos no fuera más que una cuenta atrasada, un deseo reprimido y contenido que debía liberarse.

Por mucho que le doliera, era mejor que Leo dejara salir a la bestia, si quería que luego regresara a ella.

No podía soportar la idea de divorciarse de él. Era el hombre al que más había amado en su vida y el padre de sus hijos, que lo adoraban. Hasta Phyllis había llegado a tomarle afecto.

Debía tragarse su orgullo, por duro que fuera, y fingir que nada de aquello había sucedido.

Sacando fuerzas de flaqueza, volvió al coche y emprendió la vuelta a Lago Como.

-¡Hija mía, tienes una aspecto terrible! -dijo la madre, al verla aparecer-. ¡Qué le ha pasado a tu vestido!

-Mi estómago... He vomitado. Debe de ser una jaqueca.

-¡Pobrecita, con lo mal que se pasa! Yo he sufrido jaquecas durante años. Lo que tienes que hacer es meterte en la cama. Te daré unas pildoras que me recetó el doctor. No te preocupes por los niños, están con Giuseppe. Te daré un caldo, para que no tengas el estómago vacío.

Broche estaba haciendo lo imposible por no llorar.

-Gracias -dijo.

-De nada. Leo ha llamado. Pero no le he dicho que te habías ido en coche, sino que estabas en la habitación, con dolor de cabeza. Espero haber hecho lo adecuado.

¿Por qué todo el mundo trataba de proteger a Leo? Broche miró a su suegra a los ojos. Seguramente, sería por el bien de los niños.

-Sí, Sopita, has hecho lo adecuado.

-Bien, pues ahora vete a la cama. Cuando venga Leo le diré que no te moleste. Broche no pudo reprimir más el llanto.

-¿Estás segura de que solo es un dolor de cabeza? -preguntó la

mujer alarmada-. ¿Te ocurre algo más?

Broche no quiso preocupar más a la mujer. Aquel problema era suyo y era ella quien debía resolverlo.

-Echo de menos Australia -dijo ella.

Sopita asintió y sonrió.

-Sí, creo que es hora de que volváis a casa.

Broche sonrió con tristeza y subió las escaleras. Sentía que las piernas le temblaban.

Cuando salió de la ducha, se encontró sobre la mesilla una taza de caldo y las pildoras.

Su suegra era una mujer maravillosa, y aquel gesto no hizo sino entristecer aún más la ya dolorida alma de Broche. Sabía que un divorcio destrozaría a la mujer y a su marido, y también a sus hijos. Ella amaba a Leo, siempre lo amaría, y no podía imaginarse la vida sin él.

Broche se durmió sumida en un mar de lágrimas y tristeza.

Unas horas después, se despertó al oír el sonido de la ducha.

Su errante esposo, había regresado.

Capítulo 3

LA PRIMERA reacción de Broche al oír que su marido estaba en casa fue de rabia.

La habitación estaba oscura. Seguramente, Leo habría apagado la luz de la mesilla al llegar.

Miró el reloj. Una hora suficientemente razonable para que una esposa no sospechara: eran las once menos veinte.

Se volvió hacia la pared y se enroscó en posición fetal. Había optado por un camisón discreto, largo hasta la rodilla que hacía que se sintiera más segura. A Leo le encantaban los picardías negros que dejaban parte de su trasero al aire.

Pensaba fingir que estaba dormida, para evitar decir algo de lo que se pudiera arrepentir al día siguiente.

Pero Leo estuvo en la ducha demasiado tiempo y le dio a Broche la oportunidad de pensar una y otra vez sobre lo que estaba ocurriendo, dando pie a todo tipo de imágenes y pensamientos destructivos.

Leo se estaría quitando el olor de Francesca, ese olor intenso a perfume caro.

Por fin, dejó de correr el agua y Broche se volvió de nuevo, esta vez mirando hacia la puerta del baño.

Leo salió completamente desnudo. Se movía cuidadosamente, para evitar hacer ruido.

Broche miró a su esposo en la penumbra. Sin duda, su cuerpo era espectacular: los hombros anchos, el torso musculoso, el estómago turgente y plano y esa piel aceitunada, con el vello justo. Tenía brazos fuertes y piernas bien contorneadas, y sexualmente era espléndido.

Broche se había quedado fascinada desde la primera vez que se había desnudado ante ella, y, a pesar de lo que estaba sucediendo, a pesar de estar en un momento en el que lo que debía de provocarle era un odio intenso, seguía fascinada.

El corazón se le aceleró en cuanto se aproximó a ella. Levantó las sábanas y se metió en la cama, desnudo, como solía hacer.

Con cruel indiferencia, le dio la espalda, y Broche sintió deseos de matarlo, de torturarlo hasta hacerle sentir de forma física el mismo dolor que sentía ella.

Pero aquel pensamiento no traía solaz ni calma a su atormentada alma. Los celos la cegaban, hacían que se preguntara

cuántas veces le habría sido infiel aquel día.

Decidió que solo su cuerpo podría ser suficientemente explícito.

Con inusual determinación, Broche posó una sugerente mano sobre el vientre de su esposo y él se sobresaltó. Se volvió hacia ella. Deslizó ligeramente la mano hacia abajo, sin llegar a ningún lugar estratégico, solo insinuando una posibilidad.

El pulso se le aceleró, temerosa de la respuesta que podría obtener si continuaba la incursión hasta el lugar prohibido.

-Creía que estabas dormida -dijo él, con la voz tan fría como su piel húmeda aún por el agua de la ducha.

-Lo estaba -respondió ella.

Apenas si podía verle el rostro. La habitación solo estaba iluminada por la luz de la luna, que se colaba furtiva por entre los visillos.

Pero sí apreciaba una extraña mirada en los ojos de su esposo.

-He intentado no hacer ruido -dijo él en tono defensivo.

-¿Por qué?

-Porque mi madre me ha dicho que tenías jaqueca.

-Sí. Tu madre es estupenda, sabe cuidar de la gente.

-Es verdad.

Hubo un silencio tenso y extraño que desconcertó a Broche. Todo su coraje parecía empezar a desvanecerse. Con la mano inmóvil sobre su bajo vientre, Broche sentía que no sabía qué hacer.

-Has llegado muy tarde, Leo.

-Sí, lo sé. Pero es que mi hermano ha dejado un verdadero caos detrás de él. Estoy intentando solucionarlo todo antes de volver a Australia el viernes. Hoy no ha sido un día muy productivo, demasiado lleno de interrupciones. No he podido centrarme.

-Ya -respondió Broche con frialdad.

Hubo otro silencio.

-No sueles tener jaquecas -dijo él-. No sé lo que te la habrá provocado.

«Pues saber que amas a Francesca, pensar que te has pasado en su cama toda la tarde y parte de la noche», pensó Broche, pero no dijo nada.

Estaba determinada a seguir adelante con su plan, a no combatir con tristeza y desazón, sino con un arma mucho más efectiva.

-Ya estoy mejor -le murmuró y comenzó a acariciarle el vientre.

Leo pareció quedarse sin respiración durante un segundo.

-Ya lo veo -dijo él.

Leo no hizo ningún intento de detenerla, así que ella continuó, descendiendo esta vez, hasta atrapar su masculinidad.

La respuesta la sorprendió negativamente, pues nunca había sentido a Leo menos interesado en su tacto.

Como ya le había sucedido aquella misma tarde, Broche se dio cuenta de que una cosa era pensar en la posibilidad de un engaño y otra encontrar la prueba explícita de que así era.

Una emoción contradictoria se adueñó de ella. Estaba desesperada. ¿Cómo podía haberla traicionado de aquel modo?

¿Y cómo podía Francesca hacer aquello, y con la muerte de su marido tan reciente? ¡Zorra!

Poco a poco, el intenso deseo de matarlos a ambos se transformó en la creciente necesidad de lograr que Leo respondiera.

Aquella era su cama, su dominio. Francesca no podía hacer por su marido lo que ella hacía y esa era la llave para la victoria.

Lentamente comenzó a mover los dedos delicadamente y de arriba abajo.

El gimió en lo que pareció más una protesta que un sonido placentero.

Él mismo se había encargado de enseñarle cuanto sabía y de demostrarle que ninguno de los hombres con los que había estado antes sabían hacer el amor. Así que siguió acariciando su miembro excesivamente lento en su respuesta.-¿Qué te pasa, Leo, esto no suele ocurrirte? -dijo ella.

-Pensé que estabas dormida y me di una ducha fría.

Era cierto que su piel estaba fría, pero no creía que la falta de respuesta fuera el efecto de una ducha, sino de su traición.

Pero Broche estaba dispuesta a conseguir su propósito.

Bajó lentamente la cabeza hasta atrapar su miembro con los labios. No era algo que soliera hacer a menos que él se lo pidiera, pero sabía que era infalible.

Por fin, su virilidad comenzó a endurecerse y Broche vio el momento de empezar su diestro juego, un juego que lo haría vulnerable a sus encantos, que haría que se olvidara absolutamente de todo.

Broche sabía que aquel modo de actuar no era más que una respuesta desesperada. Una parte de ella estaba horrorizada de lo que hacía, pero la otra se mantenía fría y firme en su resolución de recuperar al hombre al que amaba, costara lo que costara.

Leo respondió finalmente, no solo con su sexo, sino con todo su cuerpo. Hundió los dedos en su pelo y Broche se sobresaltó, temerosa de que la apartara de repente. Lo miró asustada.

-¿Quieres que pare? -le dijo.

Él negó convulsivamente.

Su respiración cada vez se aceleraba más y su erección era potente y feroz.

Broche saboreó durante unos segundos el dulzor de la primera batalla ganada. Leo le pertenecía plenamente en aquel momento y no lo iba a dejar escapar.

Sin embargo, en un movimiento repentino, la obligó a retirarse y ella protestó.

Él ignoró sus quejas, la tomó entre sus brazos y la poseyó, abriéndose paso entre sus piernas con su virilidad pujante.

Broche dejó escapar un gemido involuntario y se dio cuenta de que estaba en sus garras tanto o más que él en las de ella.

De pronto, solo quería moverse sobre él, arrancarle el placer vedado tanto tiempo.

-Quédate quieta, Broche -le dijo

-No quiero quedarme quieta -protestó ella.

-Lo sé. Pero necesito un poco de tiempo, sino no voy a poder complacerte.

La despojó de su ropa lentamente, en un sugerente y sensual modo de caricia, hasta dejar sus senos expuestos.

Broche era consciente de que sus pechos, inflamados y erectos, reclamaban algo que ella quería negar.

-Debería desatenderte más a menudo, si el resultado es este -dijo él y agarró uno de sus pezones con una fuerza sutil que inflamó al máximo los deseos ya excitados de Broche.

Leo se deleitó con la firme turgencia de sus senos y luego descendió la mano hasta su feminidad humedecida.

-¿Quieres que pare? -le preguntó.

Ella estaba demasiado inmersa en su propio placer como para responder. Pero al encontrarse sus ojos fijos en los de ella, se contuvo.

-Leo... por favor, no me mires.

-¿Por qué?

-Me da vergüenza.

No podía dejarse llevar ante la mirada de su esposo. Menos aún en aquellas circunstancias. Hacía que se sintiera débil y vulnerable. Pero su gran habilidad hacía de su tacto un elixir irresistible.

-Déjate llevar -dijo él-. Para mí es un placer único verte llegar al climax. Mírame, Brochee.

Sus ojos eran como un imán y sus manos, cargadas de magia, lograron de ella exactamente lo que querían.

Cuando empezaba a convulsionarse de placer, él se abrió paso dentro de ella y logró el climax casi al mismo tiempo.

Durante unos segundos, Broche olvidó todos sus pesares. Pero pronto, la cruda realidad volvió a golpearle en la cara.

¿Quién había seducido a quién finalmente? ¿Quién había perdido totalmente el control? Ella y solo ella. Una vez más, Leo había obtenido lo único que le importaba: su cuerpo.

Incapaz de controlarse más, se dejó llevar por la desesperación y la tristeza y rompió a llorar.

-¿En, eh, qué pasa? -la abrazó tiernamente en sus brazos y tomó su rostro entre las manos.

Ella se sentía incapaz de responder. Lo miraba confusa con una mezcla de amor y desesperación.

«¿Cómo has podido hacerme esto a mí?», se preguntaba en silencio. «Te lo he dado todo. Y sigo dándotelo».

-Tranquila, tranquila -dijo él mientras le acariciaba el pelo-. Te has excitado demasiado y, a veces, sucede esto cuando hace algún tiempo que no ha habido sexo.

La tumbó amorosamente sobre la cama y la besó de nuevo.

-Ahora descansa -continuó él-. Sé que últimamente no te he atendido como es debido, pero la muerte de mi hermano ha sacado a la luz una serie de problemas muy complejos, que no puedo explicar ahora. Estoy tratando de solventarlos.

Broche escuchó sus palabras como si de una sutil confesión se tratara.

Cerró los ojos para evitar la tentación de mirarlo, pues sabía que no podría encontrar nada allí.

-Sé que no te he dicho nunca que te quiero, pero necesito que sepas que es así -se inclinó sobre ella y la besó.

Broche se quedó sin aliento. ¿Cómo podía ser que aquellas palabras por las que había suspirado tanto tiempo resultaran de pronto tan dolorosas?

Broche sabía cuál era el verdadero amor de su esposo. Su propia madre lo había dicho. Pero Leo no quería perder a su familia, se empeñaría en conservar a su esposa y a sus hijos, a costa de lo que fuera, por eso haría lo que fuera necesario para poder ocultar su desatinado amorío.

Pero, ¿y ella? ¿Hasta dónde era capaz de llegar para salvar su matrimonio?

-¿Broche?

Ella no respondió, se quedó en silencio, con los ojos cerrados, fingiéndose dormida.

Convencido de que Broche había concillado el sueño, la dejó reposar, mientras ella se torturaba pensando en lo que estaba

sucediendo.

¿Es que pensaría continuar con su amante una vez que regresaran a Sydney? Broche no sabía cómo lo podría hacer, pero estaba segura de que encontraría el modo de verse con ella en Nueva York, o en Londres o en París.

Tiempo atrás, Broche solía viajar con él en sus constantes idas y venidas de negocios. Pero desde que era madre, según él, su lugar estaba en casa.

En alguna ocasión, le había sugerido que quería trabajar cuando los niños empezaran el colegio, pero su negativa había sido rotunda.

Broche se arrepintió de su actitud pasada, de su sumisión patética, que la había llevado a hacer todo cuanto Leo quería que hiciera.

Por primera vez se preguntaba sus verdaderos motivos para haber actuado así. Se daba cuenta de que de su forma de actuar dependía la felicidad de demasiadas personas. Pero, ¿cómo podía hacer feliz a otras personas, cuando ella se encontraba tan mal, cuando lo único que quería era llorar?

Las lágrimas le quemaban los ojos, pero no iba a llorar, no. Se volvió hacia la pared y contuvo su tristeza y su llanto.

No logró conciliar el sueño hasta el amanecer y, cuando se levantó, Leo ya se había marchado a Milán, dejando una nota sobre la almohada, en la que le decía que, después de lo sucedido la noche anterior, se aseguraría de no llegar tarde nunca más.

Una extraña sensación de alivio se apoderó de ella. Pero pronto fue acallada por el recuerdo tortuoso de lo acontecido el día anterior.

Se sentía humillada y no sabía cómo iba a enfrentarse a su esposo otra vez.

Estaba ansiosa por volver a Sydney y esperaba que aquello pudiera ayudar a variar la insoportable situación. Quizás, una vez allí, podría volver a hacerle el amor a su esposo sin sentirse humillada.

Broche se dirigió a la habitación de sus hijos y se detuvo allí unos segundos antes de entrar. Respiró profundamente, puso su mejor sonrisa y entró.

Los niños estaban jugando con la chica italiana que se encargaba de ellos.

-Buenos días, señora -dijo Nina-. Tiene mucho mejor aspecto hoy.

Broche se ruborizó ligeramente.

-Sí -dijo ella-. Ya no me duele la cabeza. Gracias por haberte

encargado de los niños, Nina. Ya me quedo yo con ellos.

-Estaré en la cocina, si me necesita para algo -dijo sonriente.

La muchacha era encantadora y sabía muy bien cómo llevar a los niños.

-Mami -dijo Claudia-. Te he echado de menos.

-Yo también, cariño -dijo Broche.

La pequeña se lanzó en sus brazos y la besó tiernamente. Pero Alessandro que era mucho más arisco se negó a ceder.

Broche se acercó al pequeño, que estaba montado en el caballo.

-¿No me vas a dar un beso, mi niño? Alessandro dudó unos segundos y, acto seguido, se lanzó en sus brazos llorando.

-¿Qué te pasa, Alessandro? -le preguntó alarmada.

Se apartó de su madre y la miró con aquellos grandes y oscuros ojos de su padre.

-Quiero volver a casa. Echo de menos a Mister Puss.

Broche no pudo por menos que sonreír. No creía que el viejo gato de la familia echara tanto de menos al pequeño salvaje, pues Alessandro lo había tomado como su juguete preferido desde la tierna edad de un año y medio. Aunque el felino se dejaba hacer sin protestar, unas vacaciones como aquellas no serían algo que el pobre gato querría perder. A pesar de todo, el animal había sido increíblemente dócil, aún siendo víctima de las más atroces fechorías.

-Yo también echo de menos a Mister Puss -dijo ella-. Pronto volveremos a casa.

-Pero no lo suficientemente pronto -protestó él.

Broche suspiró. Estaba totalmente de acuerdo con él.

Capítulo 4

¡AL FIN! Broche llevaba a Claudia en brazos mientras se dirigían al avión que los llevaría a Sydney. El vuelo desde Milán se había retrasado y había pasado unos instantes de tensión, al pensar que podrían perder el enlace que los llevaría a casa.

Por suerte, estaban a punto de tomar el vuelo que los trasladaría a su destino.

Las últimas treinta y seis horas habían sido las más duras de su vida.

Se había sentido como una bomba a punto de estallar, aunque, por fuera, se las había arreglado para mantener su aparente calma y para actuar lo más normalmente posible.

Pero no le había resultado fácil.

En más de una ocasión su marido la había mirado de un modo extraño como si supiera que algo sucedía pero no supiera exactamente qué.

Leo iba detrás de ella, con aquella flema que lo caracterizaba y que rayaba en la frialdad, con una maleta de viaje en una mano y el niño en la otra.

Broche se volvió y él sonrió, esa sonrisa que en otro tiempo le habría provocado un vuelco al corazón.

Ahora no hacía sino despertar su resentimiento.

Apartó los ojos de él, antes de que pudiera adivinar lo que se movía en su interior.

-¿Quieres que te lleve a Claudia? -le preguntó y algo en su voz le dijo que había captado una cierta negatividad.

-No, gracias -dijo ella-. Estoy bien.

Todo lo bien que se puede estar cuando se vive en una mentira. Cuando el amor que se siente por un esposo se transforma en mera tolerancia, entonces el corazón se gangrena y el matrimonio se convierte en una farsa.

La azafata les pidió los billetes y Broche la dirigió hacia su esposo.

Pero el modo en que la mujer sonrió a Leo levantó la ira interna de Broche.

Sí, claro que su marido era atractivo, claro que era sexy, llamativo. Pero no por eso las mujeres tenían derecho a mirarlo de aquel modo delante de su esposa.

Estaba claro que, cuando se trataba de un hombre como Leo, la veda estaba abierta, especialmente, siendo tan patente que no quería a su esposa.

Broche se sintió enferma de repente. Quizás Francesca no era el único problema. Tal vez, estaba tratando de salvar un matrimonio que no se podía salvar.

-Gracias -respondió Leo a las indicaciones de la azafata. Para Broche, incluso la sonrisa amable que él había lanzado en respuesta era un modo de seducción, el modo en que se había fijado en sus labios, también lo era. ¿Acaso su imaginación le estaba jugando malas pasadas o por primera vez estaba viendo de verdad quién era su marido?

Levantó la vista. Solo esperaba que en su mirada no aflorara la desesperación que sentía.

Leo la miró durante unos segundos, antes de dirigirse a su hijo.

-Pasa tú primero. Toma, lleva el maletín, pero ten mucho cuidado. Ya has oído lo que ha dicho la azafata. Estamos en la tercera fila. Sabes contar hasta tres, ¿no?

-¡Puedo contar hasta diez!

-Ya lo sé. Eres un niño muy listo -dijo con gran orgullo-. Cuando llegues allí, te sientas y nos esperas.

Leo se dio la vuelta y se dirigió a Broche.

-Trae, .yo me encargo de Claudia. Pesa demasiado para ti. Especialmente, con esa ropa que llevas.

La dejó pasar y ella lo precedió al subir las escaleras. Pronto se dio cuenta de a qué se refería, pues la falda larga y ajustada que llevaba, restringía sus movimientos y le marcaba los glúteos con escandalosa precisión cada vez que daba un paso.

-¡Bonita vista!

Broche se ruborizó, ante el inusual comentario y, de pronto, se dio cuenta de que su trasero estaba a solo unos centímetros de distancia de la cara de él. La imagen la desconcertó, pues la llenaba de sentimientos contradictorios. ¡Ojalá se hubiera puesto algo menos llamativo! Pero estaba acostumbrada a vestir así y habría resultado extraño que lo hubiera hecho de otro modo.

Había tratado de preservar su imagen habitual, pero no se sentía como ella misma.

Erróneamente, había pensado que, en el momento en que se subiera al avión, todo se calmaría. Pero, de pronto, se dio cuenta de que no iba a ser así, pues el problema seguía con ella. El problema era Leo.

Leo seguía siendo el mismo hombre que lograba que hiciera y sintiera cosas que no quería hacer ni sentir, Leo, a quien amaba, a pesar de odiarlo profundamente.

Una vez en sus lugares, Broche se dispuso a sentarse, pero

cuando intentó hacerlo junto a su hijo, este la miró con desdén.

-Ese es el sitio de papá. Papá siempre se sienta a mi lado en los viajes -le dijo.

Era verdad. Alessandro era un niño difícil de controlar, especialmente durante aquellos vuelos de larga distancia. Se aburría pronto y se levantaba y se ponía terco y caprichoso cuando estaba cansado. No se tranquilizaba tan fácilmente como Claudia y no necesitaba dormir tanto como su hermana.

A pesar de todo, se comportaba mucho mejor si su padre se sentaba a su lado. Leo era un padre condescendiente y amoroso, pero con una gran capacidad de imponer disciplina con tan solo una mirada. Esa mirada era la misma que había seducido a Broche y que la había llevado a su cama la primera noche que había salido con él.

Aquel lejano recuerdo resultó tan doloroso que tuvo que apartarlo rápidamente para que no provocara estragos en su estado de ánimo.

Temía que Leo quisiera sentarse junto a ella en aquel viaje así es que, obviando el comentario de su hijo, se puso a su lado.

Al levantar la cabeza, vio a una azafata con la pequeña Claudia en brazos, que se acababa de despertar. Leo estaba colocando el equipaje de mano. La mujer le sonría seductoramente. ¿Es que siempre iba a ser lo mismo?

-Tu padre se sentará con Claudia. ¡Y no se te ocurra hacer ningún numerito de los tuyos porque lo vas a pagar caro! ¿Entendido?

Alessandro miró desconcertado y algo asustado a su nueva y desconocida madre.

-¿Qué haces ahí? -preguntó Leo, al verla junto a Alessandro.

-Me pareció que ya era hora de que Claudia se sentara junto a su padre.

-¡Papi! -exclamó la pequeña, con un brillo intenso en los ojos.

Broche se indignó tácitamente.

«Tu padre no es más que un hombre», pensó. «No lo mires corno si se tratara de un dios».

Leo se quedó pensativo, como si dudara de que aquel fuera realmente el motivo.

Broche apartó los ojos de su penetrante mirada

-Me sentaré contigo hasta que te duermas. Luego me pondré con tu madre.

A Broche se le encogió el estómago.

-¿Y yo qué? -preguntó Alessandro enfurruñado.

-Tú ya eres un chico grande y no necesitas niñera, ¿verdad? Lo

que tienes que hacer es cuidar de tu madre. Está un poco estresada. Ya sabes que odia los viajes.

Leo se dio la vuelta y Broche trató de evitar que su mirada se fijara en sus glúteos apretados. Pero era casi imposible no fijarse en el modo en que los pantalones marcaban tan interesante parte cuando se agachaba.

¿Por qué le gustaba tanto? Si no hubiera sido así habría podido mantener la frialdad, la distancia.

De pronto, Leo se volvió y la cazó con la atención centrada en su trasero. Broche no tuvo tiempo de apartar la vista y él sonrió complacido.

Extrañamente, en aquellas circunstancias, Broche encontraba a su marido cada vez más y más sexy. No sabía si era una estrategia de la naturaleza para asegurar la unidad familiar, o simplemente una paradoja dolorosa y absurda.

El avión despegó y pronto trajeron la comida, lo que sirvió de distracción a ambos padres, pendientes de que sus hijos no acabaran por derramar ningún líquido o por esparcir la comida por el suelo o el asiento.

Después, la azafata les trajo mantas y almohadas para los pequeños, con tan solícita actitud que despertó en Broche otro ataque de celos. Trataba a los niños como si fueran suyos. Sin duda, le habría gustado que lo fueran, a juzgar por la miraditas que le lanzaba a Leo.

Finalmente, las luces de la cabina se apagaron.

Claudia se quedó dormida y Alessandro también.

Leo la llamó a través del pasillo.

-Voy a poner a Claudia en tu asiento -dijo él-. Está profundamente dormida y no se va a despertar.

-¿Por qué no la dejas allí, Leo? -le sugirió con desesperación.

-No -dijo él con firmeza-. Quiero hablar contigo y no me apetece hacerlo a través del pasillo.

Broche suspiró y accedió, como siempre. Leo agarró a la niña y la puso en su sitio.

La colocó cuidadosamente en el asiento, disponiendo las almohadas de modo que reposara cómodamente y, finalmente, la tapó. Brochee observaba la escena con un intenso dolor en el corazón.

Sabía que Leo nunca pediría el divorcio, que permanecería casado, la amara o no.

Se levantó y sonrió.

-Por fin un poco de paz y de intimidad -dijo él-. Quiero que te

sientes al lado de la ventana, para tenerte atrapada y que solo puedas salir pasando por encima de mí.

Broche no respondió y contuvo la ira que tan impositiva petición la provocaba. Pero, una vez más, hizo lo que le pedía.

Agarró el cinturón de seguridad y trató de ponérselo.

Leo la miró sonriente.

-¿Quieres que te ayude? -le dijo, y se inclinó sobre ella. Broche se tenso al sentir su tacto y sus senos se excitaron. Al levantar la cabeza, se encontró con la boca de Leo a solo unos milímetros de la suya.

Los carnosos y varoniles labios se posaron sobre los de ella en un largo y sensual beso que le alteró el pulso.

-Leo, para ya -le dijo.

-¿Por qué?-

-Porque me da vergüenza. La gente nos puede ver.

-Si casi todo el mundo está dormido o viendo el vídeo. Y, la verdad, no sé si me importa la gente. Estás tan increíblemente sensual hoy... Me he pasado todo el día acordándome de lo que me hiciste la otra noche...

Le pasó el pulgar por los labios seductoramente.

-Tienes una boca tan seductora y sugerente-le murmuró. No te puedes hacer idea de lo que se siente, cuando ves a tu esposa haciendo eso porque ella lo desea. Nunca antes me lo habías hecho sin que yo te lo hubiera pedido. Estoy impaciente porque me lo hagas otra vez

-le metió el dedo en la boca y ella estuvo a punto de seguirle el juego.

-Leo, por favor -le murmuró-. No puedo. Aquí no puedo.

Le dio una manotazo en la mano y lo apartó con fuerza.

Él la miró sorprendido. No era aquello lo que le había sugerido, pero se dio cuenta de que se habría visto obligada a hacerlo, si se lo hubiera pedido.

De pronto, Broche se echó a llorar.

-No, claro que no puedes -murmuró él y la abrazó-. Lo siento de verdad si te he molestado. No era mi intención. Nunca te pediría que hicieras algo que no quieres hacer. Pero, por favor, Broche, no llores. Tranquila, estás cansada. Pero pronto estaremos en casa y la vida volverá a la normalidad. ¿Me perdonas?

Broche parpadeó para quitarse las lágrimas, pero no respondió.

Él suspiró.

-Quiero que sepas que lo de la otra noche me pareció increíble y que es normal que quiera que me lo hagas otra vez. Pero ten por

seguro que nunca haré nada que te pueda dañar o humillar.

Broche levantó la cabeza. ¡Ojalá hubiera podido creer que sería así! ¡Ojalá hubiera podido perdonarlo! Pero lo que sentía era algo muy diferente, algo que crecía dentro de ella y era frío y extraño, oscuro, peligroso y violento.

Ya estaba bien. Había llegado el momento de demostrarle a aquel bastardo que las cosas no se hacían solo a su modo, que no era el dueño y señor. Y Broche sabía a dónde la llevaría aquello: al divorcio.

Pero valía la pena. Estaba ansiosa por ver su cara cuando le dijera que lo sabía todo sobre Francesca, por ver su desesperación cuando un juez le dijera que perdía la custodia de sus hijos. Por primera vez, comprendió porqué la gente decía que la venganza es algo dulce.

Pero también se daba cuenta de que había algo autodestructivo en todo aquello.

Estaba confusa, muy confusa, llena de emociones contradictorias.

Necesitaba hablar con alguien que tuviera otra perspectiva, que viera las cosas desde fuera y con más claridad, alguien qué pudiera aconsejarla sobre qué hacer.

Ciertamente, no podía ser su madre. Era demasiado retorcida. Necesitaba hablar con una persona que entendiera sus motivos y que apreciara lo que estaba haciendo para salvar su matrimonio.

Tenía que haber alguien así. Pero, ¿quién?

Capítulo 5

LEO ALQUILO un coche para ir desde el aeropuerto hasta casa. Lo último que necesitaba era estar en una cola de taxis durante horas.

Broche se preguntó si su aspecto sería tan nefasto como lo sentía.

Pasó la aduana con Claudia en brazos, mientras Leo se encargaba de las maletas.

El viaje se le había hecho interminable pues solo había logrado conciliar el sueño un rato, mientras el resto del tiempo lo había pasado en una tensión intolerable por la proximidad de su marido. Solo deseaba que se alejara de ella.

¿Acaso las cosas serían ya siempre así a partir de entonces? El nerviosismo se apoderaba de ella cada vez más y temía que, tarde o temprano, todo acabaría saltando por los aires.

El conductor del coche alquilado estaba esperando a la salida. Leo se acercó a él y se presentó.

-Por aquí -dijo el chófer y se ocupó del equipaje.

-¿Está muy lejos el coche? -le preguntó Leo-. Están todos muy cansados y no querría que tuvieran que andar.

-No, no está muy lejos -dijo el hombre.

-Bueno, espero.

Se volvió hacia Broche y le sonrió cálidamente.

Broche apartó la cara y se sintió mal después de haberlo hecho. Pero no podía soportar el gesto amoroso de su esposo. Le daba la sensación de que la estaba tratando con más consideración que de costumbre. Era el sentimiento de culpabilidad, sin duda, lo que le hacía actuar así. ¿Qué otra cosa si no?

-Toda la ciudad está en estado de caos por las obras para los juegos olímpicos. Espero que pronto vuelva todo a la normalidad. El coche está por aquí.

Hacía frío, pero no había ni una sola nube en el cielo. Lo más probable era que para mediodía el sol ya calentara placenteramente, alcanzando esa agradable temperatura del otoño en Sydney.

El coche resultó ser una limusina, lo que sorprendió a Broche, desacostumbrada a tan inusuales despliegues de ostentación. Estaba claro que trataba de resarcirla por algo.

Por suerte, vivían cerca del aeropuerto, por lo que pronto llegarían a casa. Pero estar en casa no iba a solucionar todos los problemas.

Levantó la vista y se encontró con la mirada de Leo. Inmediatamente, lo bajó de nuevo, incapaz de enfrentarse a su gesto interrogante.

-¿Podríamos pasar por casa de la abuela para recoger a Mister Puss?

-No, Álessandro. Tu abuela vive en las afueras, a casi una hora de casa. No es el día apropiado. Tu madre te puede llevar allí mañana, mientras yo trabajo.

Broche abrió los ojos, sorprendida.

-¿Mañana vas a trabajar? ¿Un domingo?

Leo nunca trabajaba los domingos. Los sábados, tal vez, pero los domingos se los dedicaba a la familia. ¿Por qué quería ir a trabajar un domingo? ¿Tendría algo que ver con Francesca?

La miró extrañada.

-Hoy es domingo, Broche. Se pierde un día en el viaje. Mañana es lunes.

-Es verdad, que estúpida soy -sí muy estúpida, pero no tanto como él creía-. Si eso es así, mi madre estará trabajando mañana.

Leo asintió sin comprender el comentario.

-¿Y eso importa? Tienes las llaves de su apartamento. Podéis ir y recoger al gato.

-¿Se te ha ocurrido pensar que pueda tener ganas de ver a mi madre? La he echado de menos, ¿sabes?

Leo le lanzó una de sus miradas intimidatorias.

-Lo que sé es que estás cansada, porque estás tremendamente nerviosa. Y, desde luego, nunca te he visto tan ansiosa por visitar a tu madre.

Broche alzó la barbilla con orgullo.

-Mi madre y yo somos mucho más amigas de lo que tú crees -le dijo.

«Y mucho más parecidas de lo que a ti te gustaría pensar», se dijo en silencio.

Después de todo, tal vez no sería tan mala idea confiar en su madre. Estaba empezando a pensar que lo que necesitaba, precisamente, era el tipo de consejo que ella le podría dar.

-Iré a verla hoy mismo, mientras los niños duermen la siesta.

-Pero yo también quiero ir a ver a la abuela.

-Yo también -dijo Claudia.

-Hoy no puede ser -dijo Broche-. Os quedaréis en casa con vuestro padre, tengo que hablar con ella.

-¿De qué? -preguntó Leo desconcertado.

-Nada que te interese, cosas de mujeres.

-¿Y tiene que ver algo con ese mal humor?

-El que lo tenga o no, no es de tu incumbencia. Resulta que no todo está en tu mano, Leonardo Panini, ni bajo tu campo de influencia.

Leo se rio y se aproximó a ella.

-Resulta que hoy tienes respuesta para todo.

-Lo que claramente no te gusta. Prefieres una rubia tonta por esposa.

Leo se echó hacia atrás y frunció el ceño, disgustado por la violenta contestación.

-Desde luego, estás de un humor nefasto. Espero que para el miércoles te encuentres mejor.

-¿Qué pasa el miércoles?

-Que es nuestro aniversario.

-Ya. Lo había olvidado.

Leo la miró realmente sorprendido.

-¿Qué es un aniversario? -preguntó Leo.

-Es cuando se celebra el día de la boda, como un cumpleaños. El miércoles hace cinco años que tu madre y yo nos casamos.

-¿Y vais a hacer una gran fiesta?

-No. Una gran fiesta no se hace hasta que no se lleva, por lo menos, veinticinco años casados.

Broche sintió ganas de soltar una carcajada irónica. Al paso que iban, ellos no llegarían ni a los seis años de matrimonio.

-Mientras tanto, el marido y la esposa se van a algún sitio juntos. En esta ocasión, yo tengo un sitio muy especial al que quiero llevar a tu madre.

Broche lo miro y no pudo evitar ruborizarse.

-¿Y se hacen regalos? -preguntó Claudia.

-Sí, claro que se hacen regalos -dijo Leo.

-¿Qué le vas a comprar a papá, mami? -le preguntó Claudia a su madre, con los ojos muy abiertos.

-Ya lo veremos, nena -dijo Broche.

-Tu madre no necesita comprarme nada. Lo que quiero de ella no se puede comprar con dinero.

-¿Y qué es, papi? -preguntó Alessandro-. El abuelo dice que no hay nada que no pueda comprar el dinero.

-Pues está equivocado, porque el dinero no puede comprar amor.

No, claro que no. De haber sido posible, Broche lo habría vendido todo para haber podido conseguir el amor de su esposo.

Pero Leo no estaba hablando realmente de amor, sino de sexo,

de ese tipo de sexo salvaje que le había dado la noche anterior. A pesar de lo que sentía por Francesca, seguía atado a ella por el deseo.

Sin embargo, Broche sentía que no había logrado nada real, solo hacer pensar a Leo que lo amaba aún más.

Lo único que podía hacer era desear que llegara el miércoles. Iba a ponerse enferma, muy enferma.

-Eso es verdad, Leo -dijo ella-. Pero, después de todo, un regalo puede durar mucho más. Bueno, ya hemos llegado. Vamos, niños.

Broche sacó a los pequeños del coche y se dirigió hacia la casa, mientras Leo pagaba al conductor y se encargaba del equipaje.

Miró el sencillo edificio al que llamaba hogar y se sintió reconfortada.

Leo la había comprado, como siempre, sin considerar su opinión, antes incluso de que la viera. Estaba cerca del almacén y del aeropuerto y ese había sido el motivo principal.

Después, había realizado una serie de obras de ampliación, sin pedirle opinión.

Pero, al menos, la había dejado ocuparse de la decoración.

Al principio había temido que insistiera en llenarla de un montón de antigüedades y objetos lujosos, estilo italiano. Sin embargo, había admitido algo más sencillo, típicamente australiano.

A Broche le gustaba mucho el resultado, pues había logrado una adecuada mezcla de sencillez, comodidad y elegancia, sin necesidad de gastar sumas excesivas en los muebles ni en cuadros.

No quería perder su casa.

Pero si seguía comportándose como una necia, acabaría por perderla. Tenía que controlarse.

-Mami, mi habitación está igual que cuando me fui y tengo todos los juguetes -dijo Claudia.

-Claro, tonta -le dijo Alessandro a su hermana-. ¿Cómo quieres que esté?

Alessandro sonrió, una de esas sonrisas inocentes y joviales que encandilaban a su madre.

-Ven aquí, pequeñajo -dijo ella y lo tomó en brazos y comenzó a besarlo.

-Ya veo que volver a casa ha sido todo un acierto. Espero que me dejéis algún beso -dijo Leo cuando los vio.

-¡No! -respondió Alessandro-. Son todos para mí.

-Tengo besos para todos -dijo ella, pensando en Claudia, que la miraba celosa.

-Me alegro de oír eso -dijo Leo. Broche se tensó. Sexo, sexo,

sexo. Aquel hombre solo podía pensar en el sexo.

-¿Puedo esperar una taza de café también? Broche dejó a Alessandro en el suelo antes de responder.

-Puedes esperar todo el tiempo que quieras -dijo ella-. Pero puede que no la obtengas. ¡Id a lavaros la cara y las manos, niños! Luego, venís a la cocina para desayunar.

Los pequeños se apresuraron a ir al baño, dejando a los dos solos.

-¿Qué demonios te pasa? -protestó Leo.

-No sé a qué te refieres -le dijo ella con fingida dulzura.

Leo estaba furioso.

-Sí, lo sabes perfectamente. Así que no te hagas la sorda y la muda conmigo.

Ella se volvió con rabia.

-¿Por qué no? Siempre te ha gustado que me callara mi opinión.

Leo se quedó boquiabierto.

Ella sonrió, sonrió sin pesar alguno y se sintió satisfecha de haber podido hacerlo.

Se disponía a dar la vuelta para ir hacia el frigorífico, cuando él la agarró de ambos brazos y la obligó a darse la vuelta.

-¡Aparta tus manos de mí! -le dijo.

El la soltó de inmediato, con el rostro compungido y angustiado. Broche nunca lo había visto tan desconcertado.

-Lo siento -le murmuró-. No quería hacerte daño, solo quería que me hablaras, que me dijeras qué te pasa.

Broche habría deseado poder hacerlo. Pero no era el momento. Los niños estaban a punto de regresar. Sin embargo, la idea de que estuviera enamorado de Francesca la estaba matando viva.

No se trataba de una aventura pasajera, sino de un amor alimentado año tras año por la imposibilidad de poseer al ser amado.

Tarde o temprano, todo saldría a la luz, lo sabía. Pero no entonces.

-Leo, por favor, déjalo por ahora.

-No -dijo él con determinación-. Por algún motivo estás enfadada conmigo y quiero saber por qué.

-Supongo que ese es, precisamente, el problema -dijo ella-. Que tú no sabes por qué.

-¡Me estás volviendo loco, mujer! Broche estalló.

-¡No me llames mujer! Me llamo Broche, Broche, no simplemente «mujer».

-¡Ya veo! Es un asunto feminista. Es por eso que quieres ver a tu

madre, ¿verdad? No estás satisfecha con ser madre y esposa, ¿es eso? ¿Quieres algo más? ¿Quieres una carrera profesional? ¿Es que no te satisfago? ¿Es que no te he dado tanto sexo como necesitas? Si ese es el problema, yo también tengo algo que decir. A mí tampoco me gusta ver la cantidad de veces que has fingido un orgasmo durante este último año. Hay un número limitado de orgasmos fingidos que un hombre puede admitir antes de empezar a mirar a otras mujeres.

Broche se quedó perpleja. Su ataque la había tomado completamente por sorpresa.

Sí, era verdad que en el último año había fingido unas cuantas veces. Pero pensaba que eso era mejor que decirle que no. Al menos él se había quedado satisfecho.

Estaba a punto de decirle eso, cuando Claudia apareció en la cocina.

-Quiero cereales y zumo -dijo la pequeña. Broche. sacó su mejor sonrisa materna, esas sonrisas que las madres sacan del desván cuando tienen que responder a sus hijos.

-Pues vamos a ponerte unos cereales y un vaso de zumo. También voy a prepararle un café a tu padre.

-Puedes olvidarte del café. Voy a llamar a mis padres para decirles que estoy bien.

Leo regresó al cabo de un rato, dándole a Brochee tiempo suficiente para recobrar el control.

-Me iré a ver a mi madre cuando los niños se hayan dormido.

Leo la observaba desde la puerta.

-Broche, tienes que contarme qué es lo que te pasa.

-Sí, sí, lo sé -admitió ella-. Pero no ahora.

-¿Por qué no? Estamos solos.

Los niños estaban en el salón, viendo la televisión. Incluso Alessandro estaba tranquilo, agotado por el viaje.

-¿Cuándo entonces?

-Esta noche. Cuando los niños se hayan ido a la cama.

-Esta noche, entonces -dijo Leo. Broche no pudo evitar un suspiro amargo.

Capítulo 6

BROOKE pensó que había sido un error ir a ver a su madre, en el instante en que acabó de contarle la historia. La expresión de su cara hablaba por sí misma. Broche esperaba el tan temido «ya te lo había dicho yo».

-¡Qué bastardo! -dijo Phyllis indignada-. ¡Y yo que estaba convencida de que Leo era diferente, de que te quería tanto como tú lo querías a él, que era un buen padre y un buen marido, en nada parecido a los desgraciados con quienes me había casado yo! Incluso había empezado a mirar con buenos ojos a cierto miembro del género masculino que he conocido recientemente.

Broche se quedó sin palabras. ¿Su madre veía con buenos ojos a un hombre?

-Y ahora resulta que Leo es igual que todos, que quiere lo mismo que todos.

La condena de su madre, hizo que Broche reaccionara. Siempre hacía lo mismo, condenar sin conceder a nadie el beneficio de la duda.

-¿Y qué es, exactamente, lo que Leo quiere, mamá?

-Pues una bonita esposa que lo adora y que está dispuesta a hacer de ama de casa y de madre, mientras él se mueve libremente por el mundo.

-Creo que eso no es justo, mamá. Fui yo la que elegí ser ama de casa y madre.

-¿De verdad? Pues en una ocasión me contaste que querías volver a trabajar, pero a Leo no le pareció buena idea. No querría que su hermosa esposa se moviera por un mundo de lobos hambrientos. Mientras tanto, él está allí fuera, teniendo cuantas mujeres le plazca, incluida la viuda de su hermano. Está claro que los hombres no son de fiar, especialmente en lo que a sexo se refiere. ¡Son todos unos egoístas! ¡Maldita sea, necesito un cigarrillo! -agarró un paquete de tabaco cerrado que había sobre la mesa-. ¡Voy a buscar fuego! Será solo un segundo.

Broche se quedó esperando, mientras recapacitaba sobre lo que su madre le había dicho. Extrañamente, era lo mismo que había pensado ella, pero en boca de otra persona no sonaba bien. No, realmente lo que acababa de decir de él no era una descripción del Leo que ella veía.

Leo no era una persona desconsiderada. Quizás algo egoísta, pero esa era su naturaleza. Por otro lado, era un excelente padre.

-Estoy intentando dejar de fumar -dijo su madre nada más

volver.

Broche la miró sorprendida. Su madre llevaba fumando sesenta cigarrillos al día desde su adolescencia, y jamás había hablado de dejarlo.

-Y todo, por este hombre, ¿qué te parece? Incluso he ido a la peluquería.

Broche, preocupada por sus propios asuntos, no había reparado en lo hermosa que estaba su madre.

-Incluso has engordado un poco.

-Sí. Es por dejar de fumar. Incluso iba a pedirte que me ayudaras a renovar mi vestuario. ¡Pero esto me hace darme cuenta de que estoy equivocada, de que he sido una necia en olvidar la realidad! -fumó convulsivamente-. Y tú también has sido una necia.

-¡Estás equivocada! Leo ha sido un marido maravilloso y me ha hecho muy feliz -agarró el cigarrillo de la boca de su madre y lo apagó con rabia-. No utilices esta pequeña crisis personal para destruirte tú y empezar a fumar otra vez.

-¿Llamas a eso «una pequeña crisis personal»?

-¡No seas dramática! ¡Leo me quiere! Me lo dijo la otra noche.

Phyllis la miró anonadada.

-No me puedo creer lo que estoy oyendo.

-Pues lo creas o no, lo estoy diciendo y lo pienso. Me doy cuenta de que he estado actuando como tú y que, realmente, he sido injusta con Leo, no dándole la oportunidad de desmentir mis sospechas, basando mi amargura en un comentario ajeno.

-Creo que se te está olvidando que realmente te mintió, que no te dijo dónde estaba de verdad. Eso, sin mencionar, la falta de interés inicial en la cama.

Curiosamente, cuanto más lo condenaba su madre, más deseos sentía ella de defenderlo.

-Leo me explicó que acababa de darse una ducha fría.

Phyllis hizo un gesto de desesperación.

-Por favor, Broche, piensa lo que dices. ¿Por qué no te contó que había estado comprometido con Francesca?

-¿Por qué tenía que hacerlo? Eso ocurrió antes de conocerme a mí. Leo no es de los que indaga en el pasado. Nunca me ha preguntado por mis antiguos novios.

Phyllis vio en eso una prueba fehaciente de que algo fallaba.

-¿Te has preguntado alguna vez por qué no le ha importado nada de eso?

Broche se quedó en silencio.

-Pues te lo voy a decir: porque le da igual, porque no te ama,

porque ama a Francesca y se casó contigo porque estabas embarazada.

Broche respondió dolorida.

-Sí, puede que se casara conmigo por eso. Los niños son algo muy importante para él. Pero eso no quiere decir que no me amara o que amara a esa estúpida de Francesca. ¡Dios santo, no entiendo cómo pudo cambiar a Leo por ese hermano horroroso que tenía. Leo es un buen hombre y debería tener más fe en él.

-Dime, Broche, ¿cómo es físicamente Francesca?

Broche se tensó.

-No te voy a mentir. Es muy guapa.

-Y me has dicho que no se acostó con ella durante el noviazgo, que era un tímida virgen que se convirtió en una leona cuando conoció al hermano de Leo.

-Leo los pilló en la cama. Phyllis levantó las cejas, sorprendida por semejante noticia.

-Eso solo consolida mi teoría. Leo ha aprovechado la ocasión para demostrar su poderío sexual, ahora que su hermano no se interpone.

Broche sintió una irracional desesperación, y la urgencia de demostrar que su marido no era culpable.

-Te olyidas de Francesca. Ella también tiene algo que decir en todo esto. Durante el funeral estaba realmente afectada.

-Sí, puede ser. Pero Lorenzo está muerto y la soledad es una mala aliada. Leo es un hombre muy seductor, ni yo podría negar eso.

-Pero no hay ninguna evidencia de que esa seducción se haya llevado a cabo.

-¡Vamos, Broche, sabes que estaba en su apartamento!

Broche estaba furiosa. Por un lado, estaba furiosa consigo misma por ser tan cabezota y con ella por ser tan lista.

-Podría haber cientos de razones para que estuviera en su apartamento. Por ejemplo, podría estar organizando los papeles de su hermano.

-Entonces, ¿por qué te mintió?

-No lo sé -dijo Broche.

-¿Y por qué no se lo preguntas?

-¡He estado a punto de hacerlo! -gritó Brochee-. Pero no quiero enfrentamientos, el tipo de enfrentamientos que tenías tú con tus maridos. Una vez que se abre la caja de Pandora, ya no se puede volver a cerrar... y yo no quiero acabar en un divorcio.

-Entonces, prefieres esconder la cabeza y fingir que no pasa

nada, ¿es así? -preguntó la madre casi ofendida-. ¿De verdad te sentirías bien haciendo eso?

-¡No, claro que no! Por eso, precisamente, vine a verte. Tenía que hablar con alguien, porque me estaba volviendo loca. Pero tengo que pensar en la felicidad de los niños, no solo en la mía.

La madre recapacitó.

-Tienes razón, Broche. Lo siento, no me había dado cuenta de eso. Ya entiendo cuál es tu dilema.

-Tanto Alessandro como Claudia adoran a su padre. Aparte de lo que pueda haber ocurrido con Francesca, es muy buen padre. No quiero divorciarme, mamá, de verdad que no quiero.

-¿Qué vas a hacer, entonces?

La angustia de Broche se hizo patente.

-Esperaba que tú me lo pudieras decir. Vine aquí en busca de un consejo práctico que me ayudara a salvar mi matrimonio, no a destruirlo.

-¡Lo siento, cariño!... De verdad, lo siento... -Phyllis se mostró conmovida por la súplica de su hija-. Sé cuánto quieres a Leo, demasiado incluso, desde mi punto de vista. Pero haré lo que esté en mi mano por ayudarte. Pero, por favor, no saltes como una fiera si digo cosas que no quieres oír.

-Lo intentaré.

-Con qso me basta. Vamos a empezar por olvidarnos de Francesca momentáneamente, y analicemos el papel que has decidido representar en tu matrimonio. Siempre he pensado que no eres el tipo de mujer adecuado para hacer el papel de ama de casa, y de amante y complaciente esposa. Creo que tienes demasiada personalidad para ser feliz así.

Broche prefirió escuchar, intrigada por saber a dónde quería llegar.

-Sé que tú no te ves así, pero dentro de ti tienes mis genes. Tu padre me dijo una vez que era una tigresa. Tú eres igual. Has decidido actuar como un gatito en tu matrimonio, solo porque yo estropeé todos mis matrimonios. Pero el tigre ha salido de la jaula, Broche, y me temo que vas a tener muchos problemas para volverlo a encerrar. ¿Por qué sonríes así?

-Leo me llamó tigresa la otra noche.

-Supongo que no con desprecio.

-No, al revés. Le gusta que sea una tigresa en la cama.

-A los hombres siempre les gusta que las mujeres sean tigresas en la cama, pero solo ahí. Supongo que, para evitar problemas, lo mejor sería que pudieras obviar lo que ha sucedido en Italia y poder

continuar como hasta ahora, pero no puedes, y por eso estás aquí.

Broche asintió.

-Entonces, tienes que hacer algo. ¿Por qué no empiezas por preguntarle a Leo qué ocurrió con Francesca, con su compromiso? Cuéntale que oíste una conversación en la villa. Espera a ver cómo reacciona.

Broche respiró profundamente, como si tratara de contener su amargura.

-No lo acuses de nada -le dijo su madre-. Si lo acusas y es culpable, lo va a negar; si es inocente, se va a sentir muy ofendido. En cualquiera de los dos casos, llevas todas las de perder.

Broche miró a su madre fijamente.

-Tú crees que se ha acostado con ella, ¿verdad? -le preguntó.

Su madre respondió con firmeza, pero con un tono comprensivo y conciliador.

-No creo que tenga sentido cerrar los ojos. Existe esa posibilidad, pero eso no quiere decir que esté enamorado de ella. Leo parecía feliz de haberte encontrado aquella primera noche que vino aquí. Dijo que te quería. Estoy convencida de que él tampoco quiere acabar con su matrimonio. A eso hay que añadir que Francesca está muy lejos, hay todo un océano de por medio. En realidad, no es una amenaza para tu matrimonio.

-Tienes razón -dijo Broche, con un incipiente optimismo-. Yo, sin embargo, estoy aquí. Tengo que conseguir que las cosas vuelvan a su sitio. ¡Te quiero! Eres una madre estupenda, a pesar de lo que piensas. Y creo, además, que eres mucho más dulce de lo que quieres aparentar. Por cierto, cuéntame algo sobre ese hombre que ha motivado que vayas a la peluquería.

Los ojos de Phyllis se iluminaron con una mirada soñadora y desconocida para Broche.

-Es maravilloso -dijo inesperadamente-. Tiene cuarenta y cinco años, es dos años más joven que yo. Lo veo bastante a menudo en los juzgados y siempre se para a hablar conmigo. Dice que soy brillante.

-Pero no es tu cabeza lo que quieres que piense que es brillante. Su madre se ruborizó.

-Me siento tan sola, Broche, no te lo puedes ni imaginar.

-Creo que sí, que me lo imagino. Además, las mujeres Freeman no estamos hechas para el celibato. Somos tigresas, dentro y fuera de la habitación. Ve a por él, eso es lo que yo te diría. ¿Cuándo quieres que vayamos a comprar ropa?

-Te llamaré mañana para ir algún día de esta semana.

-De acuerdo -dijo Broche-. Bueno será mejor que me vaya.

-¿No se te olvida algo?

Broche la miró intrigada.

-¿Qué?

Phyllis señaló al gato que reposaba tranquilamente sobre la alfombra.

Broche se llevó las manos a la cabeza.

-¡Dios santo, no quiero ni pensar lo que habría sucedido si vuelvo a casa sin él! Habría tenido muchos problemas. Vamos, Mister Puss -dijo Broche, mientras lo tomaba en sus brazos-. Se acabaron las vacaciones.

Capítulo 7

ERAN MÁS de las cuatro cuando Broche llegó a la casa. Aparcó el coche junto al deportivo de Leo y se quedó pensativa. Recordó, paso a paso, la conversación con su madre y recapacitó una vez más sobre las consecuencias de una palabra inadecuada, de una acusación inoportuna.

De pronto, la puerta del coche se abrió. Leo estaba allí, de pie, mirándola con el rostro tenso y congestionado.

-¿Qué se supone que haces aquí? -le dijo con impaciencia-. ¿Por qué te has quedado escondida en el coche? Llevo esperando a que entres desde que has llegado. ¿Qué pasa?

Broche pocas veces había visto a su marido de tan mal humor, pero ella tampoco estaba precisamente tranquila. En el pasado, habría actuado de modo conciliador y condescendiente, pero ya no era una gatita, sino una tigresa.

-¡No se te ocurra levantarme la voz! -le dijo-,Y no se te ocurra agarrarme del brazo para sacarme. No te tolero que me trates así.

Salió y dio un portazo.

Leo no supo qué responder.

-¡No estaba escondida en el coche! -le dijo-. ¡Solo trataba de aclarar mi cabeza antes de entrar en casa y contarte lo que me preocupa!

«¡Al diablo con el sentido común!», se dijo furiosa. «Nada de sufrir en silencio».

Tenía que saber si Leo había estado con Francesca o no.

-Eso era lo que quería que me hubieras contado esta mañana, antes de que te fueras corriendo a ver a tu madre y me dejaras con esos dos monstruos malcriados.

Broche se sorprendió del modo en que Leo hablaba de sus hijos. De pronto, se dio cuenta de que aquella era la primera vez que se quedaba con ellos durante tanto tiempo. Si a eso añadía el cansancio de los niños y del padre por el viaje, y el hecho de que se hubiera ido a por Mister Puss sin los pequeños, la mezcla era explosiva.

Broche esbozó una sonrisa, olvidando momentáneamente a Francesca.

-¿Se han portado mal?

-Mal es .solo un eufemismo para expresarlo.

-Pero los dejé en la cama antes de irme.

-Sí, pero no estaban dispuestos a dormir. En el momento en que te marchaste, se levantaron. Claudia empezó a llorar por no sé qué

muñeca que se dejó olvidada en Italia y Alessandro protestaba porque quería tener con él a Mister Puss -Leo miró al interior del coche, para comprobar que el gato estaba allí-. ¡Menos mal que lo has traído! ¿Qué tiene ese animal para que sea indispensable?

-Es como una manta eléctrica y un juguete mecánico al mismo tiempo. A Alessandro le gusta llevarlo por toda la casa agarrándolo de la cola, y luego se sienta sobre él para ver su vídeo favorito.

-¡No me hables de vídeos! -dijo Leo furioso-. Cuando me di cuenta de que no iba a conseguir que durmieran, traté de ponerles un vídeo, pero el exigente de tu hijo me dijo que quería ver Pedro y el lobo. ¡No hubo forma de encontrar la película y no había forma de que viera otra!

-Es que es su favorita -murmuró Broche, tratando de no reírse.

-¿Y dónde demonios está escondida? No está con los demás vídeos.

-Estará en la caja de juguetes. Leo hizo un gesto de desesperación.

-¡Jamás se me habría ocurrido mirar ahí!

-¿Dónde están los niños ahora?

-Están dormidos. Al final lo conseguí, después de contarles una docena de cuentos. Y, por supuesto, están en nuestra cama -añadió-. Era el único modo de que se calmaran. Les pareció bien, porque nunca les dejamos dormir ahí.

-Claro -murmuró Broche.

Leo suspiró y la miró de un modo especial.

-¿Sabes, Broche? Esta tarde me he dado cuenta de lo difícil que es tu trabajo: cuidar de esos dos cada día y nunca te quejas. Siempre me recibes con una gran sonrisa, la casa está recogida y mi cena preparada. Entiendo lo cansada que debes de estar y que, a veces, no te apetezca que haya sexo. Pero, Broche, por favor, no finjas nunca conmigo. Si no quieres hacer el amor, dímelo. Quiero que seas feliz -le acarició suavemente la mejilla-. Si hay algo que te preocupa, dímelo.

Aquella era su oportunidad de sacar todo a la luz y, sin embargo, Broche no sabía bien qué hacer. Era tan dulce, tan comprensivo. ¿Cómo podía hablar de Francesca en un momento como aquel? Lo estropearía todo.

-¿Es que ya no eres feliz en nuestro matrimonio, Broche? -preguntó él preocupado-. ¿No me quieres ya?

-Me gustaría preguntarte eso a ti -dijo ella.

-¿A mí? -dijo él confuso.

-Sí, ¿Es que ya no eres feliz? ¿Es que ya no me quieres?

-¿Estás loca? Soy muy feliz contigo y te quiero, te quiero mucho. Te quiero más de lo que he querido nunca a nadie.

Broche se echó a llorar.

-¿De verdad, Leo, lo dices de verdad?

Con un gemido, la tomó en sus brazos.

-¿Qué te pasa, Broche, de dónde vienen esas dudas? Broche te adoro. Eres toda mi vida, tú y los niños -de pronto, la apartó y la miró directamente a los ojos-. ¿Es que alguien te ha dicho algo para que dudes así?

Broche pensó en aquella conversación que había escuchado en la villa, la que había provocado todo aquel desequilibrio en su matrimonio.

-La verdad es que, como nunca antes me habías dicho que me querías y... bueno, oí una conversación cuando estaba en Italia.

Leo la miró preocupado.

-¿Qué oíste?

-Que... que estuviste comprometido con Francesca antes de casarte conmigo -dijo ella, con la voz temblorosa.

Leo se tensó.

-¿A quién oíste?

-A tu madre.

Dijo algo en italiano que ella no pudo comprender.

-¿Estás diciendo que no es verdad?

-No, no. Claro que es verdad -confesó él. Al menos, no había mentido.

-No quería que lo supieras, porque pensé que podría hacerte daño. Le pedí a mi familia que no dijera nada.

-¿Por qué iba a hacerme daño?

La miró temeroso.

-Broche, solo te pido que me creas. Te quiero y nunca he querido a nadie como te quiero a ti. Siempre te querré.

-¿Por qué, entonces, no me dijiste lo de Francesca? -insistió-. Necesito que me expliques el por qué de este engaño.

Leo parecía asustado.

-Porque la ruptura de mi compromiso fue inmediatamente antes a nuestro encuentro. Temía que si sabías eso, lo estropeara todo.

-¿Cuánto antes?

-Una semana. ¿Tengo que hablar de esto?

-Sí.

Él suspiró con resignación.

-Rompí mi compromiso una semana antes.

-¡Una semana! ¡Hacía una semana que amabas a otra mujer

cuando me encontraste a mí!

-No estaba realmente enamorado, solo encaprichado.

La palabra encaprichado no le gustaba, pues podía implicar una obsesión.

Broche miró a Leo. Si le contaba lo que había ocurrido entre Francesca y su hermano, tal vez lo creería.

-¿Qué hizo que rompierais?

-¡Dios santo! ¿Qué más oíste? -preguntó él, con los ojos llenos de dolor-.¿Por qué mi madre estaba hablando de mí y a quién?

-Hablaba... hablaba con tu padre. Pero no lo oí todo -la mentira salió rápidamente. Pero, ¿por quién mentía? ¿Era por él o por ella?

Estaba claro que Leo no quería contarle lo sucedido. Su orgullo se lo impedía.

-Hablaré con mi madre sobre todo esto -murmuró él, furioso-. No voy a permitir que mi familia cree problemas en mi matrimonio.

-No, Leo, no digas nada. Olvida lo ocurrido.

-Pero, ¿puedes tú olvidarlo? Está claro que, realmente, te ha hecho daño. Por eso te has comportado así estos últimos días -la miró con amor y una increíble expresión de dolor y empatia-. Debe de haber sido muy duro para ti pensar que me había casado contigo sin amarte, solo por el niño que llevabas dentro. Pero te aseguro que eso no es así. Te he querido desde el principio. Si soy culpable de algo, es solo de no habértelo dicho. Pero te lo dije la otra noche, pero no me oíste.

-Sí, sí que te oí.

-Tú...

-No me habías tocado desde hacía mucho y, cuando yo me acerqué a ti no parecía apetecerte...

-Por eso te comportaste del modo que lo hiciste.

-Sí -confesó ella.

La acarició tiernamente.

-Eres increíble -le dijo-. Te devolveré el favor el miércoles por la noche, te lo prometo. Ella sonrió.

-De momento, nos podemos conformar con un beso, ¿no?

Broche le ofreció su boca.

Estaba feliz porque ya sabía que su marido la amaba y la había amado siempre. Seguramente, habría ido a casa de Francesca a organizar papeles, pero prefería mantenerlo en secreto por miedo a levantar sospechas en su familia, por evitar cotilleos. Las madres siempre tienen una tendencia a ver más de lo que hay.

Aliviada y tranquila, se entregó plenamente en aquel beso. Él respondió con hambre y pasión desmedida, regocijándose en su

boca como habría querido hacerlo dentro de ella. Broche sentía su erección contra el vientre y se sentía feliz, satisfecha y excitada. En respuesta a su apasionado beso, ella jugaba insinuante con su lengua y con sus labios.

-Me estás volviendo loco, ¿lo sabías? -la acorraló contra el coche. Ella sonrió.

-Sí, lo sé. Te lo mereces por haberme preocupado de ese modo -respondió-. Quiero que sufras hasta el miércoles..

-¿No me digas?

Leo le abrió la chaqueta y le acarició los senos por encima del jersey, hasta que sus pechos se endurecieron y Broche suspiró atormentada por el deseo.

-Leo... -dijo ella en un tono de protesta.

-¿Sí, mi amor?

-Yo...

Abandonó sus senos y la dejó ansiosa por más.

-Quiero que tú también sufras mientras esperas -le murmuró, mientras sellaba sus tiernos labios con un beso-. Quiero que el miércoles estés tan excitada que no tengas que fingir nada, que nunca más tengas que volver a fingir. Te prometo que lo conseguiré. No habrá más secretos entre nosotros. Tanto nuestro amor, como el sexo, serán absolutamente reales.

Leo sonrió al ver su expresión.

-Me gustaría tener una cámara para captar tu gesto ahora mismo. Es una mezcla increíble de sorpresa y sensualidad. Va a ser muy difícil esperar, pero eso hará que todavía sea más intenso -se inclinó para robarle el último beso-. Y ahora, saquemos a ese pobre gato del coche y vamonos dentro, antes de que se despierten las fieras.

Broche siguió a su esposo hasta la casa sin haber recuperado la compostura. Todavía sentía el dulce sabor de sus labios y el tacto de sus dedos sobre los senos.

Después de todo, para Leo iba a ser mucho más fácil sobrevivir hasta el miércoles, pues tenía un gran autocontrol y un montón de cosas que lo mantendrían ocupado.

Para ella, sin embargo, iba a ser mucho más complicado pues se pasaría todo el día y parte de la noche pensando en él. ¡Ojalá no hubiera tenido el periodo! Quería saborear la promesa que le había hecho de algo especial, algo real...

Se preguntó qué querría decir con algo real, pues no sabía qué más se podía hacer. Habían hecho el amor en todas las posturas imaginables. Eso sí, el insinuante modo en que le había acariciado

los senos, en que había descubierto rincones secretos de su boca, abrió todo un mundo de posibilidades nuevas.

Leo tenía treinta y dos años cuando lo conoció. Era un hombre rico y sofisticado, que había viajado por todo el mundo y había tenido todo tipo de experiencias. Estaba claro que se habría acostado con muchas mujeres, mientras que ella, solo había tenido unos pocos novios, demasiado jóvenes e inexpertos.

Por eso la había conquistado en la cama. Le había hecho y enseñado cosas que desconocía por completo.

A pesar de todo, empezaba a pensar que sus relaciones sexuales quizá no habían llegado ni a la mitad de a donde podían llegar.

Quizás, había mucho más que aprender y el miércoles averiguaría qué.

Sin querer, Broche dejó escapar un suspiro.

-¿Qué ocurre? -preguntó él.

-No he dicho nada.

-Yo he oído algo.

-Nada, de verdad.

La miró fijamente, con una mirada seductora y peligrosa.

-El miércoles por la noche me los vas a contar absolutamente todo, querida esposa. Ella sonrió nerviosamente.

-El miércoles por la noche....

Leo entreabrió los labios carnosos y las comisuras de los labios se curvaron sensualmente.

-De acuerdo. Tienes una tregua hasta entonces, pero ese día vas a abrirte a mí, por completo, tanto esa compleja cabeza que tienes, como ese maravilloso cuerpo.

Broche se estremeció,

Sí, sabía que lo haría.

Eso y mucho más.

Capítulo 8

A LAS SIETE y media de la tarde del miércoles, Broche estaba ya más que impaciente y nerviosa.

Leo había llamado por la mañana, para decirle que sus planes de celebración habían cambiado, que preparara un pequeño equipaje para pasar la noche fuera y que todo estaba solucionado con los niños.

Broche no había podido contener su preocupación, pues, aunque en ocasiones dejaba a los pequeños a cargo de alguien de confianza, nunca los dejaba con nadie a pasar la noche que no fuera su madre.

Cuando le dijo a Leo eso, este le informó de que era su madre la que iría a cuidarlos. Acababa de hablar con ella por teléfono y de que iría directamente allí después de la oficina.

Leo pasaría a recoger a Broche a las ocho. Quería que se pusiera el vestido de terciopelo rojo, medias con ligas y unos zapatos de tacón, sin nada más.

-¿Nada más? -preguntó ella sintiendo que el corazón se le aceleraba.

-Solo un poco de maquillaje y perfume.

-Pero...

-Nada más, Broche.

Ella sintió un escalofrío.

-¿ Y el pelo?

-Recógetelo. No quiero que se interponga nada entre mis labios y tu piel.

Broche se dio cuenta de que le estaba sucediendo otra vez: aquel hombre tenía la capacidad de hacer que perdiera toda voluntad. Le permitía hacer de ella lo que quería.

-De acuerdo, Leo, pero lo hago porque la idea me gusta, solo porque pensar que no llevo nada debajo de la ropa me excita.

-Acabo de abrirle la jaula a la tigresa, ¿verdad?

-Sí, me temo que sí.

Leo se rio.

-Estoy ansioso porque llegue esta noche. Nos vemos a las ocho.

Broche se dio cuenta de que, de un modo u otro, Leo siempre conseguía lo que quería. ¿Por qué había aceptado a ponerse aquel escandaloso vestido rojo sin nada debajo?

La única vez que se lo había puesto, con ropa interior, por supuesto, había sido en Milán, en una fiesta, y Lorenzo no le había quitado los ojos de encima en toda la noche.

Se sentó en la cama. Ya estaba peinada y maquillada, solo le

quedaba vestirse.

Agarró las medias y se las puso. Tenían una liga de encaje al final con un lazo.

Se quitó la bata y se puso de pie delante del espejo.

-¡Cielo santo! -exclamó para sí.

Leo tenía razón, el efecto era increíblemente sensual y sexy. Si a aquello se añadían unos tacones, es resultado sería devastador.

No podía apartar la mirada de la erótica imagen que veía reflejada, pues la miraba con los ojos de Leo. Se acarició todo el cuerpo lentamente.

Tenía un cuerpo aun muy bonito. Había logrado mantenerse a pesar de los dos embarazos y, lo único que se había resentido un poco eran sus senos.

-¡Broche! -la llamó su madre-. Son las ocho menos diez. ¿Estás lista ya?

-Casi -respondió ella desde dentro.

-Date prisa. No hagas esperar a Leo.

Por suerte, su madre no entró y la oyó bajar las escaleras.

Agarró el vestido rojo y se lo puso, deslizando el material por su piel como si de una caricia se tratara.

Se miró una vez más al espejo y se escandalizó de lo que allí vio. Sus pezones se insinúaban a través de la sugerente tela. Al menos no se tendría que preocupar de que no se notara la ropa interior.

Pero saber que no llevaba nada debajo del vestido causaba en ella sensaciones nuevas e inesperadas.

Al inclinarse para ponerse las sandalias, la tela rozó seductoramente su sexo. Leo era un demonio y sabía muy bien lo que hacía y lo que quería.

Se miró una vez más al espejo: definitivamente sexy. Incluso el pelo recogido, que dejaba su cuello sensualmente al descubierto, resultaba arrebatador.

Estaba perfecta, dispuesta y apetitosa para que su marido le hiciera el amor. Pero no parecía una esposa, sino la sofisticada amante de algún hombre rico.

Su propia imagen le dio miedo.

Salió de la habitación y se dirigió al salón.

Phyllis levantó la cabeza y silbó al ver a su hija.

-Venga, mamá, no seas tonta -dijo Broche completamente ruborizada.

-¡Es que estás realmente imponente! ¡Y tan sexy! Recuérdame que me compre algo rojo cuando vayamos de compras, que, por cierto, iba a ser esta semana.

-¡Se me había olvidado! Deberías de habérmelo dicho el lunes cuando hablamos.

-Sí, pero teníamos cosas más importantes de las que hablar. Me alegro mucho de que las cosas con Leo se aclararan..He vuelto a recuperar la fe en los hombres, lo cual agradezco, porque la próxima vez que Mathew me pida que salga con él no me voy a poder resistir. Voy a decir que sí. Así es que mañana, si puedes, nos vamos al centro comercial con los niños y me compro algo. El viernes, cuando vaya al juzgado, quiero estar imponente. Lo dejaré sin sentido allí mismo, en el pasillo.

-Quizás deberías esperar a tenerlo en una habitación privada -bromeó Broche, complacida por el estado de ánimo de su madre. No la había visto tan feliz jamás.

Las dos mujeres se miraron y se rieron. El timbre de la puerta las interrumpió.

-Será Leo -dijo Broche y el estómago se le encogió.

Su madre la miró directamente a los ojos.

-Deja de jugar al gatito amaestrado. Dentro tienes una tigresa. Déjala salir.

El timbre de la puerta volvió a sonar.

Broche se apresuró a abrir, temerosa de que el próximo timbrazo pudiera despertar a los niños.

Abrió la puerta, dispuesta a reprender a Leo por su insistencia, pero la imponente figura de su esposo lucía más espectacular que nunca.

Siempre estaba impecable, pero aquella noche se había esmerado más que nunca. No sabía dónde se había duchado y afeitado, pero estaba claro que acababa de nacerlo. Llevaba un nuevo traje especialmente elegante.

-Ya veo que vas de estreno.

-Te dije que iba a sacar todas mis armas esta noche -dijo con una mirada sensual y seductora. Broche sintió que las rodillas se le doblaban-. ¿Has hecho lo que te he pedido?

Broche trató de ocultar su turbación, pero no pudo.

Leo sonrió.

-Por la expresión de tu rostro veo que sí -se inclinó y agarró la pequeña maleta que estaba en el recibidor.

-¿A dónde me va a llevar, señor Panini?

-A algún lugar del pasado... aunque con ciertos cambios.

-Eso suena intrigante. Voy a por el bolso -dijo Broche-. He puesto las maravillosas rosas que me has enviado esta mañana en el pasillo, para verlas cada vez que paso.

-Yo he puesto la figura de madera que me has regalado sobre el escritorio, así la puedo admirar cada vez que levanto la vista.

Broche había leído en alguna parte que en el quinto aniversario se debían regalar figuras de madera. Al abrir el regalo, Leo le había dado el beso más largo de la historia. Luego, le había dicho que a lo largo del día recibiría dos regalos de él.

El primero había sido un ramo de flores, el segundo todavía no sabía lo que sería.

Obviamente, se lo daría en algún momento de la noche.

Phyllis se aproximó a ellos.

-¡Estáis guapísimos los dos! Espero que paséis una noche estupenda. Y Leo...

-¿Sí?

-No te olvides de lo que te dije sobre el vino.

-No lo olvidaré.

-¿Mi madre te ha dicho algo sobre el vino? -preguntó Broche muy sorprendida. No podía imaginarse a su madre dando un consejo sobre vinos a un experto como Leo.

-Sí, así es.

-No lo entiendo, si es una absoluta ignorante en ese tema

-No lo creas. Tu madre es una mujer muy inteligente y experimentada, y mucho más sensible de lo que había imaginado. Deberíamos ir a visitarla más a menudo.

-¿A qué viene eso?

-Digamos que me he dado cuenta de que tenemos muchas más cosas en común de las que yo pensaba -dijo con una sonrisa.

-¿Qué? ¿El vino? -pregunto Broche con una carcajada.

-No. Nuestro amor por ti -dijo él y la tomó en sus brazos, dándole un beso arrollador, de esos que dejan sin sentido.

-¿Esto lo haces para que sufra un poco más? -dijo Broche con la voz entrecortada.

-¿Eso quiere decir que has estado sufriendo estos días?

-Sabes que sí -dijo ella.

-Pues ya somos dos. Pero un pequeño tormento erótico no nos va a hacer daño. Solo hará que las cosas sean mejores al final. Créeme.

Leo le abrió la puerta del coche y ella se sentó en el asiento del copiloto.

De pronto, se ruborizó, al ver cómo se le subía la falda al sentarse y dejaba al descubierto parte del encaje de las ligas.

Leo sonrió complacido.

-Debo admitir que me alegro de haber renunciado al plan inicial de haberte llevado a cenar en una limusina, porque de no ser yo el

responsable de este volante, no podría contenerme.

Arrancó el Alfa Romeo y Broche decidió que sería mejor empezar una conversación que desviara un poco la atención.

-Entonces, ¿no me vas a decir a dónde vamos?

-Creo que ya no tiene sentido guardar el secreto más tiempo. Vamos al Majestic, a la misma habitación en la que nos encontramos por primera vez.

-¡Qué romántico!

Sonrió complacido por su reacción.

-Lo único es que ya no está igual. Han cambiado toda la decoración. Pero, esta mañana, al leer en el periódico que lo habían remodelado, he pensado que ir allí era la mejor opción. Después de todo, fue allí donde pasamos nuestra noche de bodas.

-Eso sin mencionar todas las noches de los dos meses anteriores -Broche estaba feliz de la decisión de Leo. No había podido elegir un lugar mejor para llevarla.

Hubo un breve silencio.

-¿En qué piensas? -preguntó ella.

-Me gustaría saber si te gusta la ropa que llevo.

Broche lo miró sorprendida.

-Sí, está muy bien. Diseño italiano, pero, la verdad, no consigo saber de qué firma es. No es ni Armani ni Gucci ni Brioni.

-Es Orsini.

-No la conozco. ¿Es nueva?

-Sí. Pero está a punto de quebrar.

-¿Por qué?

-Por falta de dinero, fundamentalmente. No es un momento fácil para la moda australiana.

-¿Australiana? Pero pensé que era moda italiana.

-No. El propietario es un Ítalo-australiano llamado Vince Orsini. Sus padres inmigraron hace treinta años. El tiene veintisiete y ha nacido y se ha criado aquí. Estudió diseño en la universidad y con un pequeño crédito puso en marcha el negocio. Pero no tiene suficiente para un buen marketing y una buena publicidad y el negocio está a punto de quebrar. En la misma página que vi lo del Majestic, hablaban de Vince Orsini y de la situación de su empresa. Me impresionó su pasión por lo que hacía y fui a visitarlo.

Broche se quedó muy sorprendida.

-¡Hoy!

-Sí. Allí compré este traje por la cuarta parte del precio que estaba dispuesto a pagar por él. Eso me hizo pensar que es un producto con mucho potencial, que solo necesita una buena

promoción y abrir mercado. Así quedemos llegado a un trato. Yo lo ayudaré financieramente y haremos una sociedad.

-Pero el mundo de la moda está muy lejos de las antigüedades.

-¿No crees que pueda hacerlo funcionar?

-Yo creo que puedes hacer funcionar cualquier cosa que te propongas.

Leo sonrió.

-Esperaba que dijeras eso. Llevo tiempo suficiente trabajando para mi padre. Tengo dinero suficiente para probar suerte por mi cuenta. Heredé una pequeña fortuna de mi abuela cuando tenía veinticinco años y la he invertido muy bien. Puedo probar suerte sin que nos lleve a la ruina si no funciona y la empresa familiar no sufrirá ningún daño.

-¿Qué dirá tu padre?

Leo se encogió de hombros.

-Tengo que ser yo mismo y hacer lo que creo conveniente. Me encargaré de supervisar la empresa Panini, pero, además, necesito un nuevo reto.

-Sí, te entiendo -dijo ella. La miró de reojo.

-También he pensado algo más.

-¿Yes?

-Quiero que me ayudes en este proyecto. Broche lo miró sorprendida y complacida.

-¿Cómo?

-Verás, Vince diseña ropa de hombre y de mujer. Con tu físico y los idiomas que hablas, podrías encargarte del departamento de ropa femenina. Podrías llevar la nueva colección a Milán cada año y tengo muchos contactos allí y en Tokio.

-¡Tokio!

-Sí. Allí están locos por la moda y es una zona de] mundo que pide moda occidental. Estoy seguro de que Orsini podría tener un gran mercado en Asia. Hablas japonés, y eso sería una ventaja.

-Pero mi japonés está muy oxidado.

-Lo recuperarás rápidamente. ¿Qué te parece la idea?

-Me has dejado sin habla.

-¿Te gusta?

-¡Me encanta la idea! Pero, ¿y los niños?

-Sabía que ibas a preguntar eso. Al principio podrías trabajar desde casa. Necesitarías una ayuda extra, eso está claro, por eso he llamado a Italia para preguntarle a Nina si le gustaría venirse a Australia con nosotros.

Broche no daba crédito a todas las cosas que había hecho en un

solo día. Pero no era solo la actividad que había desarrollado, sino el despliegue de nueva energía que estaba haciendo. Estaba entusiasmado con la vida una vez más.

-¿Qué ha dicho Nina? -preguntó ella, sabiendo cuál sería la respuesta, pues no había nadie más convincente que Leo.

Sonrió.

-Está ansiosa por venir.

-¿Y dónde va a dormir?

-El proyecto tardará un tiempo en ponerse en marcha, así que le dije a Nina que la necesitaríamos dentro de tres meses. Después de hablar con ella, llamé a una compañía para que nos hagan un pequeño piso encima del garaje. Me dijeron que tardarían unos dos meses en hacerlo. Eso significa que lo tendremos todo dispuesto en tres meses.

-¡Dios santo, qué ocupado has estado hoy!

-No te lo puedes imaginar. ¡Has visto que tráfico hay! No vamos a llegar al restaurante. He hecho una reserva para las ocho y media.

-¿Por qué no olvidamos la cena y nos vamos directamente al hotel? Podemos pedir que nos traigan algo de comer a la habitación si tenemos hambre.

-¿No te importaría que hiciéramos eso? -la miró con una sonrisa seductora. Leo la besó sensualmente mientras el semáforo estaba en rojo, un beso insinuante y embriagador.

-Lo único que necesito en mi menú hoy es a ti, Leo -le murmuró suavemente junto a la oreja.

Leo dijo algo en italiano y ella se rio.

-Será mejor que contengas a la tigresa hasta que lleguemos al hotel.

El semáforo se puso en verde al mismo tiempo que Broche posaba una mano insinuante sobre su pierna. Leo arrancó el coche y ella retiró la mano, con una carcajada.

-Ya no puedo más -dijo Leo y aceleró el deportivo.

Broche sintió la emoción de la velocidad, mezclada con la del deseo. Una mezcla explosiva de ingredientes, igual que su esposo.

Capítulo 9

LEO NO sobrepasó en ningún momento el límite de velocidad, pero condujo con habilidad a través del congestionado tráfico de la ciudad.

Broche pronto pudo ver el gran edificio de cristal en el que estaba el hotel, que se alzaba majestuoso entre los demás rascacielos, aunque no era tan alto como la Torre Centerpoint. Pero el Majestic estaba en el centro y tenía una llamativa forma circular. Broche no entendía por qué los propietarios habían decidido redecorar las habitaciones, pero suponía que el uso habría dejado su marca en los sofisticados muebles.

-¡Por fin estamos aquí! -dijo Leo con cierta impaciencia, mientras detenía el coche a la puerta del hotel.

Detuvo el motor y el botones le abrió la puerta. Pero cuando el hombre se dirigió hacia la de Broche, Leo intervino.

-Yo lo haré, gracias -le mostró donde estaba la maleta para que la sacara del coche-. El nombre es Panini.

Leo era un verdadero caballero y siempre que salían la trataba como a una reina. Aquella noche en particular se sentía como una diosa.

-Me alegro de que hayas decidido que cenemos en privado. No me gustaría darle a ningún hombre la opción de que disfrute de una vista tan sugerente.

Broche sabía que aquel era un comentario posesivo, pero no estaba dispuesta a crear problemas en una noche tan especial.

Sabía que aquella velada sería como un sueño que se haría realidad solo durante unas horas, una fantasía romántica con la que Leo quería que recrearan aquel tiempo pasado en que se habían conocido, cuando Leo era su maestro sexual y ella una alumna ansiosa de cumplir sus deseos.

Pero, aunque sería una noche extraordinaria, Broche prefería el día a día de su relación, una relación de pareja dentro y fuera del dormitorio. Leo había empezado a comprender eso, y se lo había demostrado con su oferta de compartir la responsabilidad de una nueva empresa.

Broche quería que su marido llegara a convertirse en su mejor amigo y en un compañero de negocios. Pero también sabía que debía de ser paciente y darle tiempo para que las cosas fueran cambiando poco a poco.

Aquel encuentro, en la misma habitación en la que se conocieron íntimamente, marcaría el punto de inicio de una nueva

etapa, en la que ella no tendría qué rendirse siempre a los deseos de su esposo, sino que podría decir que no cuando realmente no quisiera algo.

Leo se encargó de las gestiones en recepción y Broche trató de ignorar las miraditas seductoras de la pelirroja que estaba tras el mostrador. Intentó controlar los celos, pero, de pronto, le pareció que su marido tardaba más tiempo del necesario. Estaba a punto de intervenir, cuando un hombre se puso a su lado y trató de seducirla con la estúpida pregunta de si la conocía de algo.

Ella se limitó a mirarlo con desprecio y Leo se volvió en el momento justo. El hombre entendió rápidamente el gesto amenazador del marido celoso y desapareció.

-¡Te dejo sola un segundo y, en seguida, aparece un buitre!

Broche sintió que era un reproche.

-¡Por supuesto! ¿Qué quieres que ocurra si me llevas vestida así? Además, yo también tengo que soportar con resignación que todas las mujeres saquen sus armas en el momento en que te acercas a ellas. Empiezan a parpadear y a entreabrir los labios, como necias.

Leo se detuvo y la miró.

-Tu madre tiene razón. Me he casado con una fiera. Pero ahora, será mejor que guardes las garras para utilizarlas mejor en un lugar más adecuado -dijo en tono insinuante.

No era el momento para entrar en el tema, pero se podía imaginar que su madre le había advertido del cambio que Broche había experimentado. Seguramente había querido alertarlo para que estuviera preparado.

La idea de haberse convertido en una tigresa le gustaba de pronto. Broche sonrió complacida.

-¿De qué te ríes ahora? -preguntó Leo.

-Luego lo sabrás -respondió con malicia y un gesto provocativo.

Sus ojos brillaron y la habría agarrado en aquel momento, de no ser porque una camarera se aproximó hasta la puerta ante la que se acababan de detener.

-¿Señor Panini? -preguntó la mujer.;

-Sí-dijo él.

-Servicio de habitaciones.

-¡Eso si que ha sido rápido! -dijo él admirado-. Déjelo aquí, nosotros mismos lo meteremos.

Le dio a la muchacha una propina.

-Si necesitan algo más durante la noche, no duden en llamar -se marchó feliz.

-¡Le has dado cien dólares de propina! Nadie da una propina tan

alta en Sydney.

-Lo sé, pero el poder del dinero es ilimitado. Cuando les pedí un servicio de habitaciones me dijeron que tardaría media hora, así que con la cantidad de dinero adecuada, he conseguido que fueran cinco minutos. Por supuesto, lo que he pedido es marisco y ensalada, nada muy elaborado.

Abrió la puerta y le indicó que pasara. Luego metió el carrito con la comida.

-Así es que tienes la misma teoría que tu padre -apuntó Broche, mientras observaba la redecorada habitación con interés.

Habían optado por una decoración moderna de diseño, muy distinta a la anterior. Predominaba la madera, el cristal y el metal combinados.

-¿Qué teoría es esa? -le preguntó Leo, mientras llevaba el carrito con la cena hasta dejarlo junto al sofá.

-Que el dinero puede comprarlo todo -respondió Broche, mientras se aproximaba al gran mirador de cristal en el que, tiempo atrás, había tenido la experiencia erótica más increíble de toda su vida. Desde allí, había una imponente vista del puerto y del Teatro de la Ópera. A pesar de que el cristal se veía oscuro desde fuera, Broche se sentía expuesta.

-El dinero puede comprar cualquier cosa, Broche. Pero no puede comprar cosas intangibles como el amor, el talento o la felicidad. Pero sí puede comprar buena comida y champán francés.

Leo levantó la servilleta que cubría la comida del carrito y ante sus ojos apareció una variada selección de sofisticados platos fríos y dos botellas de champán.

De modo que su madre le había dicho que encargara champán, no vino. Desde su dieciocho cumpleaños, Broche, sabía que el champán le provocaba un estado de excitación muy particular. Tanto ella como su novio de entonces disfrutaron de sus efectos en la fiesta de cumpleaños que se montaron a solas con el líquido burbujeante como protagonista.

-¿No crees que has pedido demasiado champán, Leo? -preguntó ella-. Normalmente, no me dejas beber más de dos copas.

Leo suspiró.

-Lo siento. La verdad es que no tengo ningún derecho a decirte lo que debes o no debes beber. Sencillamente, me di cuenta un día de que, cuando bebes un poco, te pones más coqueta que de costumbre, y eso me provoca celos. Pero prometo que no volverá a pasar y que, además, nos alternaremos en conducir cuando salimos juntos.

Broche lo miró atónita.

-¿Qué, exactamente, te ha dicho mi madre?

-Lo que debería de haberme dicho años atrás, pero que ya había empezado a ver por mí mismo. Quiero que seas feliz en este matrimonio, Broche. No quiero reprimirte y controlarte. Pensé que te estaba protegiendo, pero lo estaba haciendo de modo equivocado. Sin duda, aprendí algunos malos hábitos de mi padre, que tiene unas ideas muy anticuadas sobre el matrimonio. Pero, no me di cuenta de que algo te sucedía hasta la semana pasada.

Broche suspiró.

-En parte, ha sido culpa mía, Leo. Yo debería de haber impuesto mi voluntad en algunas ocasiones. Pero yo también creí que estaba protegiendo nuestro matrimonio, así que opté por decir que sí a todo, lo que, a veces, me hacía infeliz. Solo fingía que lo era.

-Me di cuenta de que muchas veces fingías en la cama. Odio que hagas eso, Broche. En el futuro, quiero que me digas sin miedo que no cuando no quieras. Pero, por favor, no finjas nunca más...

Broche sintió la amenaza de unas lágrimas a punto de salir, pero consiguió controlarlas.

-Lo haré así en el futuro, Leo. Supongo que lo que temía era que, si sacaba mi personalidad, acabaría....

-¿Como tu madre? Sí, sé que era por eso. Ella misma me lo explicó hoy. Tuvimos una larga conversación. También me contó algo más.

Durante un momento, Broche temió que le hubiera contado lo de Francesca, sus temores, que lo había seguido hasta su apartamento en Milán.

-¿Qué?

-Lo de los nombres de los niños. Me he dado cuenta de que fui enormemente egoísta. Pero ahora es demasiado tarde para cambiarlos.

-Sí, claro que lo es -dijo ella, alegremente sorprendida por cuanto le estaba diciendo, pero ligeramente nerviosa por el tema de Francesca. ¡Ojalá no hubiera pensado en ella!-. Pero quiero que sepas que tus disculpas significan mucho para mí, no puedes imaginarte cuánto. A pesar de todo, hoy es una noche de celebración, así que no nos pongamos .demasiado serios.

Leo sonrió.

-Eres una mujer maravillosa, Broche -le dijo, mientras descorchaba una botella y servía el dorado brebaje en las copas. Le tendió una de ellas y brindó-. Por nosotros.

Chocaron las copas y se la bebieron sedientos.

-Otra -dijo él, e insistió en llenársela.

Pusieron música romántica y bajaron las luces.

Durante la siguiente media hora, se centraron en comer la exquisita comida y en beberse la primera botella de champán.

Un beso largo y sugerente entre comidas, despertó a la bestia dormida en Broche. No sabía ya si era efecto del champán, pero empezaba a impacientarse por obtener lo que quería. No podía esperar más a que Leo la tomara en sus brazos.

Al terminar las fresas, Leo se levantó.

-Creo que este es el momento ideal para darte tu regalo.

-¡Se me había olvidado por completo!

-Pues quiero que te pongas junto al ventanal, te des la vuelta y cierres los ojos.

Broche solo podía oír el sonido de la música.

De pronto, sintió algo frío alrededor del cuello.

Abrió los ojos y miró.

-¡Leo! –exclamó

El cristal de la ventana le servía de espejo, y allí vio reflejada una exquisita gargantilla de rubíes y oro blanco.

-¡No puede ser de verdad! -dijo ella. Leo la besó tiernamente.

-Ya te dije que no podía haber nada falso esta noche. Eso incluye el regalo. Los rubíes son auténticos, mi amor, tan auténticos como mi amor por ti.

Broche volvió a mirarse en el cristal.

-Pero, Leo, debe de haberte costado una fortuna.

-Cuesta una fortuna. Pero no tuve que comprarlo. Es un tesoro de la familia. Lo heredé de mi abuela. Pensé que era perfecto para nuestro aniversario y que iría con ese vestido. Y tenía razón. Estás absolutamente preciosa... ¡Cielo santo, Broche! Ha sido una verdadera agonía mantener mis manos lejos de ese sensacional cuerpo, sabiendo que no llevas nada debajo.

Lentamente, posó las manos sobre su cintura y comenzó a descender hasta las caderas. Atrapó sus glúteos y se deleitó con el suave roce del terciopelo contra la carnosa turgencia. Broche contuvo un gemido y se dejó, llevar. Leo apretó la tela y comenzó a subir la falda muy suavemente. Su feminidad apareció tímidamente seductora, engalanada por las ligas de encaje, las medias y los tacones.

Durante unos segundos, Leo se quedó mirando el reflejo que aparecía en el espejo.

-¡Estás imponente! -le murmuró-. Pero necesito más.

Desabrochó la cremallera del vestido y la despojó de él.

El reflejo que aparecía en el cristal tenía toda la fuerza erótica que Leo había buscado. Dejó caer la ropa sobre el suelo y suspiró excitado ante la imagen.

-Increíble -dijo, mientras su mirada recorría cada milímetro de aquel cuerpo femenino-. Irresistible.

La agarró en brazos y se la llevó a la habitación. Encendió la luz y la gigantesca cama se impuso ante sus ojos. Leo la llevó hasta allí, y posó su delicado cuerpo sobre la colcha. Le estiró las piernas y se las apartó ligeramente.

-No te muevas, por favor -le rogó.

Apagó la luz central, pero abrió las cortinas para dejar que la ciudad los iluminara, y luego añadió las pequeñas lámparas laterales que estaban junto al cabecero. No quería dejar nada a la imaginación, sino poder ver cada centímetro de piel.

Broche se sentía excitada y avergonzada al mismo tiempo, expuesta de un modo tan impúdico como sugerente.

Leo se desvistió poco a poco, con sumo cuidado, pero sin apartar ni un instante los ojos de ella.

Por fin desnudo, su virilidad pujante demostró que su aparente calma no era tal.

Broche se sintió muy excitada, casi al borde del orgasmo y ni siquiera la había tocado.

Leo se sentó en la cama, pero sin aparente intención de satisfacerla aún.

-Por favor, Leo -le suplicó.

-Paciencia, mi tigresa. Tienes que aprender que el placer está más en el camino que en su consecución.

Se sentó entre sus piernas, de espaldas a ella y, lentamente, le quitó los zapatos y las medias. Nunca antes había experimentado tanta agonía. Sus dedos se deslizaron por sus piernas, hasta llegar al punto que tanto había deseado que la acariciara.

-¡Leo, Leo! -la verdadera tortura acababa de empezar. Quería algo más, necesitaba sentirlo dentro, llenarse de él.

Pero él ignoró su protesta y siguió hasta arrancar de ella el más electrizante climax.

Broche nunca pensó que podría llegar tan pronto. Pero había ocurrido.

-Leo... -murmuró ella.

-¿Sí, mi amor? -le dijo, mientras se abría paso dentro de ella.

Broche pensó que solo le quedaba esperar a que él llegara. Pero el poder de su penetración la desarmó una vez más y la llenó de deseo.

-¡Sí! -gritó excitada, dejándose llevar.

-No puedo aguantar más, Broche -dijo Leo.

Los dos llegaron a la vez, y Broche gritó de placer.

La felicidad, decidió Broche, era hacer el amor con Leo, con su adorado e increíble Leo. La desesperación de la semana anterior estaba completamente olvidada, sus dudas y sus miedos se habían desvanecido.

-Te quiero, Leo -le susurró.

-Yo también te quiero, señora Panini -la abrazó amorosamente-. A ti y solo a ti, por siempre jamás.

Capítulo 10

ESTO SI que es vida -murmuró Broche, mientras disfrutaba de la burbujeante sensación del agua caliente sobre su cuerpo.

Leo le había preparado el baño, con sales y aceites y, después, la había tomado en sus brazos y la había llevado hasta allí.

Después, había ido a por el champán y se había metido con ella en la bañera, mientras el jacuzzi los masajeaba lujuriosamente.

Broche miró de un lado a otro. El baño era opulento y lujoso hasta el exceso. Había desaparecido todo vestigio del antiguo estilo del hotel, y las piezas casi de colección habían sido sustituidas por modernos diseños.

Broche miró a su marido, y se dio cuenta de que nunca se habían dado un baño juntos, ni siquiera antes de estar casados. Duchas sí, pero nunca un baño.

Era maravilloso y relajante, a la vez que excitante Solo se tocaban los dedos de los pies y a penas sí podían ver sus cuerpos, pero saber que estaban juntos y desnudos bajo el agua era una experiencia muy estimulante.

-Deberíamos de hacer esto mucho más a menudo.

-¿Qué?

-Dejar a los niños y dedicarnos a hacer el amor apasionadamente durante toda la noche.

-¡Promesas, promesas! Ya son las diez y todavía no hemos hecho el amor más que una vez.

-Mi querida esposa, empezamos a hacer el amor esta misma mañana, desde que te dije que te pusieras el vestido rojo sin nada debajo. Tendrás que confesar que has estado excitada todo el día. ¿Me lo vas a negar?

-¿Y qué me dice usted, señor Panini?

-Tuve que entretenerme en todo lo que pude para poder resistir hasta esta noche y, antes de ir a buscarte, me di una buena ducha fría. No quería decepcionarte.

Broche sonrió.

-Tú nunca me decepcionas, Leo.

-¿De verdad? ¿Entonces por qué has tenido que fingir tantas veces este último año? Broche se encogió de hombros.

-Supongo que estaba muy cansada.

-Yo creo, sin embargo, que no lo hice como debía -dijo Leo-. Pienso que más que cansada, estabas descontenta. He sido un marido egoísta, Broche, y te pido perdón.

A Broche le conmovió su sinceridad. Si de verdad aquel era el

comienzo de un nuevo futuro, las cosas llevaban un buen camino.

Leo dejó la copa vacía sobre el suelo.

-¿Quieres que pida otra botella de champán?

-No, a menos que quieras hacerle el amor a una mujer dormida.

-¡Entonces no podrás tomar otra cosa que café! La noche es todavía muy joven y tú demasiado deseable, así, bajo el agua y sin nada encima más que la gargantilla.

-¡Dios santo, es verdad! Se me había olvidado quitármela.

-No te preocupes. Es de oro y rubíes, un poco de agua y jabón no le hará ningún mal. Además, estás preciosa.

-Gracias. Nunca antes había tenido nada tan bonito y tan valioso. Me encanta, Leo. Es el regalo de aniversario perfecto.

-Sí, lo sé -dijo él, mientras la miraba lleno de amor.

Broche se preguntó por qué, si era una joya familiar, no se la había regalado antes. ¿Tendría algo que ver con Francesca? Se le puso un nudo en la boca del estómago.

-Leo -le dijo, decidida, de pronto, a sacar a la luz todas sus preocupaciones. Quería respuestas sobre su relación con Francesca, sobre cómo había superado lo ocurrido entre ellos.

También querría haberle preguntado, para qué, exactamente, había ido a su apartamento aquel día.

-¿Sí? -preguntó Leo.

Broche tragó saliva.

-Me has dicho que ya no habría más secretos entre nosotros.

-Sí, ¿y? -Leo pareció cambiar de pronto.

Broche sintió que todo su coraje se desvanecía. ¿Por qué habría de estropear una noche así? ¿Qué más podía pedirle, cuando todo estaba siendo perfecto?

-Broche, dime, pregunta lo que quieras. Broche decidió desviar el tema.

-Leo, ¿por qué nunca me preguntaste sobre mis anteriores novios?

Leo abrió los ojos sorprendido y se echó a reír.

-Prefería no saber nada de tu pasado. A-demás, sabía que serían tantos que no tendrías tiempo en toda tu vida para contármelo todo.

-¡Vamos! -dijo ella con una carcajada-. Tú sabes que eso no es verdad.

-Pues me alegro.

La agarró de los brazos y se la colocó encima. Ella pudo sentir la grandeza de su formidable erección.

-¡Vaya! -dijo ella-. Esto son buenas noticias.

Leo sonrió.

-No es ni la mitad de lo que está por venir.
-¿Está solo a la mitad?
-¡No te hagas la graciosa! -dijo él.
-Te reto, esposo mío. Veamos quien puede aguantar más antes de sucumbir.
-El que pierda hará el café -dijo él.
Broche sonrió y, lentamente, comenzó a jugar con él. Estaba vez iba a ser ella la que tuviera el control, la que lo hiciera sufrir hasta la agonía.
Lenta y voluptuosamente, se hizo con él y comenzó a subir y a bajar, excitando su virilidad.
En poco tiempo, su excitación era más que patente. ¡Sí! Esta vez, tendría ella el control.
-¡Tienes un aspecto horroroso! -le dijo su madre al verla aparecer al día siguiente completamente pálida y ojerosa. Se sentaron en la cocina-. ¿Quieres una taza de café?
Broche gruñó la respuesta.
-¡No, por favor! Ya estoy sufriendo el exceso de cafeína.
-¿Y qué tal la noche? Leo parecía feliz.
-¡Ese hombre es incansable! ¿Por qué no tiene necesidad de dormir?
Phyllis miró a su hija interrogante.
-Asumo que la cosa fue bien.
-Sí, muy bien. Pero estoy exhausta.
-¡Cómo me gustaría poder decir eso dentro de poco por el mismo motivo! Broche se rio.
-¿Qué tal los niños? ¿Se han portado bien?
-Sí.
-¿Seguro?
-Seguro. ¿Te sientes con fuerzas como para ir de compras?
-Sí, claro que sí. Después de todo, he tomado tanto café que no seré capaz de dormir hasta que no se me pase el efecto. Lo que haré será echarme la siesta con los niños después.
Broche se las arregló para sobrevivir a las siguientes dos horas y valió la pena, por ver a su madre feliz.
Eligieron para ella tres elegantes y sofisticados trajes, discretamente sensuales, que correctamente combinados con distintos complementos servían para día o para noche.
-La verdad es que tienes un don especial para la moda -le dijo su madre cuando volvieron a casa, mientras preparaban unos sandwiches-. No me extraña que Leo quiera contar contigo.
Eres realmente brillante y siempre supe que lo eras. Por eso me

fastidió que decidieras hacer algo como hostelería.

-Mamá, estás hablando como una snob. Servir al público es un trabajo complicado y comprometido, tú lo sabes. ¡Alessandro, por favor, deja en paz a Mister Puss! Vete a jugar fuera y llévate a tu hermana.

-No quiero -protestó el niño.

-Haz lo que se te dice o te castigaré en tu habitación hasta que tu padre llegue. La miró con rabia contenida.

-Vamonos, Claudia. Mamá está de muy mal humor -suspiró como un viejo y se llevó a su hermana.

-A veces tengo la sensación de que tiene ochenta años en vez de cuatro.

-Es maravilloso. Pero sospecho que va a darte un montón de problemas cuando crezca. De entrada, va a tener a la mitad de la población femenina detrás de él.

-¡Cómo su padre! Tenías que haber visto, como flirteaba con él la recepcionista.

-Del mismo modo que lo hiciste tú tiempo atrás.

-Es diferente, Leo no era un hombre casado. Las mujeres ahora no respetan a los hombres casados. Por cierto, ese pretendiente tuyo....

-¿Matthew?

-Sí, Matthew. No será casado...

-No. Es divorciado.

-¿Cuántas veces?

-No se lo he preguntado.

-Deberías.

-No, Broche, estoy dispuesta a aceptarle tal y como es.

-Pero, mamá, a veces, el pasado es importante.

-Te refieres a Leo y a Francesca. ¡No me digas que sigues preocupada por eso!

-Sí, un poco.

-Pues no deberías. Leo te quiere. Tendrías que haber oído todo lo que me dijo ayer por teléfono. Quería saber cómo hacerte feliz. Estoy segura de que ese hombre no va a mirar a otra mujer.

Broche respiró profundamente.

-Supongo que tienes razón.

-Sé que tengo razón.

-Me sorprende el modo en que has cambiado.

-Bueno, todo el mundo tiene derecho a cambiar sus opiniones.

-Sí, pero tú, cuando cambias, te vas al otro extremo. Lo próximo que te oiré decir es la fecha de tu boda.

-No, eso sí que no. Quiero un compañero en mi vida, pero de ahí a cometer semejante error...

-Como yo he hecho, quieres decir.

-No. Yo no creo que tú hayas cometido un error. Pero no es fácil encontrar hombres como Leo.

A Broche no le gustó del todo el cumplido de su madre. Leo distaba mucho de ser perfecto, a pesar de querer parecerlo.

Cuando llegó aquella misma noche con ojeras y un patente cansancio, se alegró. No le agradaba la idea de estar casada con supermán.

-Asumo que hoy nos acostaremos pronto -le dijo mientras cenaban. Él la miró alarmado.

-¡No, Leo no es a eso a lo que me refiero! Solo quería decir que se te ve agotado.

-¡No sé cómo he podido sobrevivir! Tuve que ir a ver a Vince, se lo había prometido, pero realmente estaba muerto. Lo he invitado a venir a cenar el sábado, si a ti te parece bien.

-Sí, muy bien.

El antiguo Leo jamás le habría consultado sobre algo así. Quizás era perfecto, después de todo.

Broche se fue a la cama aquella noche complacida y feliz por el rumbo que habían tomado las cosas. Era una necia si seguía preocupándose de Francesca. Era a ella, a Broche a la que amaba. Francesca no era más que un fantasma del pasado, Broche era el presente...

Capítulo 11

EL LUNES era el día dedicado a juegos infantiles en la junta de distrito. A Broche le gustaba llevar a los niños allí para que jugaran con otros niños.

Mientras tanto, solía entablar conversación con las demás madres.

Pero aquel día, su cabeza estaba centrada en lo acontecido a lo largo del fin de semana.

El sábado, Vincen había ido a cenar. A Broche le había caído muy bien.

Era un hombre agradable, delgado y rubio, atractivo y evidentemente gay, con ese encanto particular que suelen tener. Se había puesto a

jugar con los niños mientras ella hacía la cena.

Leo había optado por apartarse un poco de la conversación y dejar que ellos dos se entendieran por sí mismos.

Al día siguiente por la mañana, Broche quiso agradecerle la confianza que había puesto en ella.

-No tienes que darme las gracias -dijo Leo-. La verdad es que me agradó mucho veros. Sé que vais a formar un buen equipo. Además, no hay peligro de que Vincen intente seducirte. Broche frunció el ceño.

-¿Si no fuera gay te preocuparía que pudiera ocurrir algo?

-Si no lo fuera, no te dejaría acercarte a él bajo ningún concepto.

-¿Es que no confías en mí?

-Confío en ti, pero no confío en los hombres.

-Tú eres un hombre.

-Por eso exactamente -dijo-. Conmigo no habrías estado a salvo aunque hubieras sido una mujer casada. Quise que fueras mía desde el instante mismo en que te vi.

-¡No puedes hablar en serio!

-Sí, claro que hablo en serio. Y ahora, ven aquí y bésame. Es domingo y no tengo que trabajar.

-Pero yo sí -respondió ella y se levantó a ver por qué lloraba Claudia.

Broche seguía dándole vueltas a todo aquello que le había dicho. No se habría esperado jamás, que su marido fuera así, un depredador sin escrúpulos.

No le gustaba y empezó a obsesionarse.

Cuando llegó a casa no se sentía con fuerzas para nada.

Dio de comer a los niños y los metió en la cama.

Luego se sentó ante el televisor, sin prestarle más atención, demasiado pendiente de sus propios pensamientos.

Lo apagó y se disponía a planchar, cuando sonó el teléfono.

-¿Si?

-Broche, soy Leo. Escucha, tengo que viajar de inmediato a Italia.

-¿Le ha ocurrido algo a tus padres?

-No, tranquila. Es por Francesca. Ha intentado suicidarse. Se tomó una sobredosis de pastillas.

Broche se quedó sin respiración.

-Pero, ¿por qué?

-Supongo que no ha podido con todo. La verdad es que temía que algo así pudiera suceder. Necesito que me prepares una pequeña maleta para dos días.

Broche trató de mantener la calma, pero le resultaba difícil.

-Pero, Leo, ¿por qué tienes que ir/tú? ¿Y su familia?

-Francesca no tiene familia.

-Están allí tus padres...

-No pueden saber nada de lo sucedido, acabaría con mi padre.

-¿Por qué? No entiendo nada.

-Broche, confía en mí. No tengo tiempo de explicártelo ahora. Necesito ir para allá, porque no puedo confiar en que Francesca no les cuente lo que no debe. Soy el único que puede ayudarla ahora mismo.

-¿Qué es lo que no debe contar? ¿De qué hablas, Leo?

-Broche, no hay tiempo ahora. Por favor, prepárame una maleta,cariño. Pasaré dentro de diez minutos a recogerla.

Colgó. Su marido le había colgado el teléfono. Broche miró anonadada al auricular. Lo dejaba todo para volar al otro extremo del mundo por una mujer a la que, supuestamente, ya no amaba.

¡No daba crédito!

Era increíble e intolerable.

Broche hizo la maleta sin parar de pensar en algo que pudiera detenerlo.

Leo apareció a los pocos minutos.

-Lo siento -le dijo y se inclinó y la besó en la mejilla.-. Volveré el viernes. Ya he llamado a todo el mundo para decir que estaré fuera unos días. Si mí padre y mi madre llaman, invéntate algo, pero, por favor, que no sepan la verdad, es muy importante. ¿Me lo prometes?

-Te lo prometo.

-Bien. Por favor, no te preocupes. Te lo explicaré todo en cuanto vuelva.

Lo acompañó hasta el coche.

-¿Me llamarás cuando llegues allí?

-Sí, claro que sí.

-Me lo podrás explicar todo por teléfono... Leo la miró consternado.

-No estarás preocupada porque pueda haber algo con Francesca, ¿verdad? Sí, veo que sí lo estás. Pero te aseguro que sería la última mujer del mundo a la que podría tocar. Lo siento, pero de verdad que me tengo que ir ahora o voy a perder el avión. Te quiero -cerró la puerta del coche-. Te llamaré en cuanto llegue.

Broche se quedó mirando al vehículo mientras se alejaba.

Quería creer cuanto le acababa de decir, de verdad parecía sincero. ¡Ojalá hubiera tenido tiempo de explicarle algo más!

Durante el resto de la mañana estuvo pensando en Leo y en Francesca. Debería de haberlo forzado a que le contara con más detalle su relación con ella, pues la duda y el temor la estaban matando.

Después de la merienda, decidió abrir el correo con el fin de organizado. Lo primero que vio fue una factura del teléfono. Al mirar la cantidad se quedó anonadada, pues era mucho más de lo que habría podido esperar, teniendo en cuenta que habían pasado casi tres semanas en Italia.

Rápidamente, revisó los números de teléfono y se dio cuenta de que había dos conferencias. Una era a los padres de Leo, de dieciséis minutos. Pero la otra era a un número de Milán y de casi dos horas. Miró al número una y otra vez. No era su oficina. La fecha coincidía con el día de su llegada a Sydney y la hora con la visita que ella le hizo aquel mismo día a su madre.

Temió lo peor. Corrió al cajón donde guardaban el listín de teléfonos y lo sacó. Buscó en la P de Panini el nombre de Lorenzo. Allí estaba. El número coincidía.

¡De modo que había llamado a Francesca en su ausencia!

Broche se echó a llorar desconsoladamente. ¡Traidor!

Se secó las lágrimas con rabia y abrió la segunda carta, dirigida personalmente a Leo. Era de su teléfono móvil. Automáticamente, Brochee buscó el mismo número. Allí estaba, no una, sino tres veces. Solo habían sido unos minutos, pero una de ellas era del miércoles a las siete y diez, poco antes de que pasara a recogerla para la ostentosa celebración de su aniversario.

Su esposo estaba mintiendo, no era más que un bastardo

adúltero que mantenía una doble vida, y que continuaba seduciendo a su esposa cada día con las mismas armas que habría empleado con Francesca: mentiras y sexo.

De pronto, pensó que Francesca no había tratado de matarse en ningún momento. No era más que un complot para que Leo pudiera darle algo de su medicina: sexo.

Él le diría que tenía que volver con su mujer y sus hijos, pero a la que realmente amaba era a Francesca, tal y como su suegra había dicho.

Broche pasó de la tristeza, a la desesperación y, finalmente, al ansia de destrucción, no suya, sino de Leo.

No iba a cerrar los ojos a todo aquello.

Sin pensárselo dos veces, llamó a la agencia de viajes y consiguió un vuelo a Zurich y de Zurich a Milán. Llegaría allí solo un día después que Leo.

Llamó a su madre, para ver si podía encargarse de los niños.

-Sí, claro que sí, no te preocupes -le dijo Phyllis, en cuanto le contó toda la historia-. Pero me quedaré allí con ellos, los niños están mejor en su propia casa.

-Gracias, mamá. Nunca podré pagarte esto.

-Para eso están las madres. No te preocupes y no te desesperes antes de tiempo. No se sabe qué es lo que realmente pasa entre Leo y esa mujer, pero me parece bien que quieras aclararlo todo. Pero, no sé por qué, algo me dice que tu marido no te está siendo infiel. Creo que lo está manipulando. Tal vez, tenga algo que ver con el dinero.

Broche nunca había visto a Francesca desde aquella perspectiva. Siempre la había considerado demasiado débil, una criatura sin voluntad ni iniciativa.

Pero quizás su madre tenía razón, tal vez fingía una falsa fragilidad que atraía a los hombres hasta atraparlos en su red. Una vez allí, no los dejaba escapar. Seguramente, era buena en la cama.

-Quizás tengas razón, mamá, pero necesito solucionar todo esto. Cuando Leo llame mañana, no le digas que me he ido. Cuéntale que estoy enferma en la cama, y dile que me llame luego. Para cuando lo haga, ya estaré allí y se arrepentirá de haberme mentido.

-Broche, me duele oírte hablar con tanta dureza.

-Hay veces, mamá, que solo la dureza funciona. Me voy a hacer las maletas. Te veré luego.

Capítulo 12

BROOKE se preguntó si el haberse vestido de negro significaba que, inconscientemente, sentía que estaba de luto.

La furia que la había movido a tomar un avión, se había transformado en desesperación para cuando llegó a Milán.

Su esposo no la amaba.

La había engañado.

Su matrimonio, seguramente, había llegado a su fin.

Tomó un taxi y le dio la dirección de Francesca. Solo le quedaba una vaga esperanza de que su madre pudiera tener razón, de que eso le brindara una pequeña posibilidad de salvar su matrimonio. Pero lo dudaba.

El portero de la finca la reconoció de inmediato y la dejó pasar sin problemas, después de confirmarle que su esposo estaba allí y que no había salido desde su llegada el día anterior.

Una vez a la puerta del apartamento, dudó unos segundos antes de llamar al timbre, temerosa de cómo iba a cambiar su vida en cuestión de segundos.

Inesperadamente, en cuanto llamó, una mujer desconocida le abrió la puerta. Se presentó, en italiano, como la enfermera que cuidaba a Francesca.

De modo, que era verdad que había intentado suicidarse. Eso no significaba que ninguno de los dos fueran inocentes.

-¿Dónde está mi marido?

La mujer le indicó que estaba arriba, con Francesca.

-¿Quiere que los avise de que está aquí?

-No, gracias. Me están esperando. Ya sé dónde es.

El piso de Francesca era gigantesco, de dos plantas y una gran escalera de mármol que las comunicaba. El dormitorio principal estaba a la izquierda, en la parte de arriba.

Broche se detuvo en la entrada a la habitación, temerosa de lo que podría encontrarse. La puerta no estaba cerrada y se aproximó sigilosamente para mirar a hurtadillas. Pero solo acertó a ver los pies de la cama. Escuchó un momento. Francesca estaba hablando y lo que decía le podía interesar.

Broche aguzó el oído. No quería dejar escapar ni una sola palabra.

-¿Cómo podría habértelo explicado, Leonardo? Pero yo te amaba de verdad. Fuiste el único hombre capaz de tratarme bien, de ser amable y considerado, aún cuando te mantenía a distancia. Pero temía que descubrieras que no era tan dulce e inocente como tú

creías. Luego, apareció Lorenzo... Ya sabes lo que sucedió.

-Sí, Francesca. Lo sé ahora. Pero en aquel momento no sabía nada más. ¿Cómo piensas que me sentí al entrar en la habitación de mi hermano y encontraros en la cama?

-Lo sé, lo siento. Sé que fue algo sucio, pero es que yo soy sucia, debo de serlo, pues repito las cosas una y otra vez. Me siento tan culpable y avergonzada... Dos semanas después de la muerte de Lorenzo, ya estoy en la cama con...

El llanto ahogó sus palabras.

-Tranquila -dijo Leo-. No te tortures, Francesca. Lo hecho, hecho está. No fue realmente culpa tuya.

-No dejas de decirme eso, pero yo me siento culpable. Tú eres el único hombre decente que me he encontrado en mi vida. ¿Por qué no me casaría contigo cuando tuve la oportunidad?

Broche ya había oído bastante. Entró en la habitación como un torbellino, justo en el momento en que Leo posaba su mano en la, mejilla de Francesca.

Francesca dejó escapar un leve grito y le quitó la mano.

Leo se volvió sobresaltado.

-¡Broche! ¿Qué estás haciendo aquí? Tu madre me dijo...

-Mi madre te mintió -dijo en italiano, para que Francesca entendiera cuanto decía-. Te he seguido para pillarte con esta zorra. Ya he visto y oído bastante.

-Broche, estás equivocada -dijo Leo, realmente aterrado.

-¡Por favor, ya está bien! No me trates otra vez como a una estúpida -dijo con aparente frialdad, mientras sentía que el corazón se partía en mil pedazos-. Para ser sincera, te diré que ya tenía mis sospechas. ¿Recuerdas aquel día que tuve una jaqueca? Pues la verdad es que vine hasta aquí y vi tu coche aparcado fuera. La impresión fue lo que me puso enferma. Mi marido, quien supuestamente estaría trabajando en la oficina, se encontraba en la cama con su dulce cuñadita.

Francesca gimió y escondió el rostro entre las manos.

-¿Cómo has podido pensar eso? -preguntó Leo indignado.

Broche lo miró con rabia.

-Escuché una conversación de tu madre y tu padre en la que dijeron mucho más de lo que te conté. Tu madre creía que todavía seguías enamorado de Francesca y que estabas disfrutando lo que te había negado durante el noviazgo.

Francesca había empezado a llorar desesperadamente.

-Traté de convencerme de que solo era una fascinación pasajera, de que volverías a mí. Estaba tan enamorada, que me hice la ciega,

con la esperanza de poder recuperarte si... -le empezó a temblar la voz-. Me dejaste que lo hiciera, que te sedujera ridiculamente, que me humillara. Pero ya no he podido más, no cuando he visto las llamadas.

-¿Qué llamadas?

-Todas las llamadas a esta casa que has hecho a escondidas y que están reflejadas en las facturas. ¡La llamaste, incluso, la misma noche de nuestro aniversario!

Leo se desesperó.

-Broche, por favor, tienes que escucharme.

-Ya está bien, Leo, ya no hay nada más que decir. Quiero el divorcio y la custodia de los niños.

Leo se quedó inmóvil y alzó la barbilla con orgullo.

-Pues no vas a obtenerla, ni tampoco el divorcio.

-¡ Ya lo veremos! -lo retó-. Se te olvida que mi madre es uno de los mejores abogados del país. Voy a conseguir que no te dejen ni acercarte a ellos.

Nunca en su vida lo había visto tan desvalido y desconcertado. Durante unos segundos se quedó allí, de pie, observándola. Por fin, reaccionó.

-Broche, tienes que escucharme. Jamás me he acostado con ella, lo único que he hecho ha sido ayudarla después de la muerte de Lorenzo.

-¿Y esperas que te crea? ¡Se acabó, ya no quiero más mentiras!

Broche se dio la vuelta, dispuesta a marcharse y él la agarró con violencia del brazo. Broche se volvió y lo abofeteó.

-¡Ya está bien! -dijo Francesca y se incorporó bruscamente-. ¡No fue con Leonardo con quien me acosté, Broche, fue con un extraño! Me fui a un bar, agarré al primer hombre que me encontré y me lo traje a casa, le permití que me hiciera de todo en la cama de mi marido, cosas que una niña buena como tú no se puede ni imaginar.

Leo la interrumpió.

-Francesca, no tienes por qué hacer esto. Yo se lo explicaré... en privado.

-No, Leonardo. Se lo voy a contar yo, porque a ti ya no te creerá. No quiero que sufras por mí, eres el único buen hombre que me he encontrado. Pero, Broche, te aseguro que hay muchos hombres malos ahí fuera, muchos, y uno de ellos era mi padre.

-¿Tu padre? -preguntó Broche interesada por la historia.

-Sí, mi padre. Mi queridísimo padre al que yo adoraba. Cuando mi madre murió, yo tenía solo doce años. Pues la misma noche en que la enterramos, me metió en su cama para tomar su lugar. A

partir de ahí, me convertí en su esposa.

Broche la miraba anonadada.

-Antes de los dieciséis años, ya me había sacado de la escuela y me tenía en casa como su mujer. Mi padre era rico y no tenía que trabajar, así que me llevaba de viaje. Siempre me presentaba como su hija, pero de puertas para dentro me trataba como su querida.

Broche reaccionó ante la dureza de la expresión.

-Eso te impacta, ¿verdad? Y todavía más, que yo me dejara. Pero mi vida había sido así casi desde mi infancia. Mi madre se mató a sí misma para poder apartarse de él.

-¡Francesca, déjalo!

-No, Leonardo. Me has dicho muchas veces que debía de hablar con un psiquiatra. Pues bien, quizás me ayudará más contárselo a tu mujer, porque ella necesita saber todo esto.

-Déjame que cierre la puerta, nadie más tiene por qué saberlo.

Leo así lo hizo, mientras Francesca se colocaba las almohadas para apoyarse más cómodamente en ella.

-Después de años así, mi padre empezó a traer a otros hombres a casa para que me acostara con ellos. Le gustaba mirar. Una noche, en Monte Cario, el hombre que me trajo fue Lorenzo.

Broche abrió los ojos sorprendida.

Francesca asintió.

-Supongo que ahora estás empezando a entenderlo todo. Después de la muerte de mi padre, pensé que, tal vez, tendría la oportunidad de empezar de nuevo. Con el dinero que había heredado me vine a la casa familiar que teníamos en Milán, con la intención de cambiar mi vida. Aquí conocí a Leonardo. Salimos juntos durante algún tiempo, pero cada vez que me besaba temía que pudiera salir mi antiguo yo, así que le pedí que no tuviéramos relaciones hasta después de la boda. Él accedió, creyéndome una dulce e inocente virgen. Yo le dejé seguir pensando que lo era.

Broche trató de no imaginarse un Leo tan perdidamente enamorado de Francesca como para aceptar un trato así.

-Pero cuando Leonardo me llevó a su casa a conocer a sus padres, lo último que me podría haber esperado sucedió. Allí estaba Lorenzo, uno de los hombres que me había traído mi padre. Pronto me abordó. Yo traté de fingir que no sabía de qué me hablaba, pero no logré engañarlo. Me chantajeó y me amenazó con contarlo todo si no me acostaba con él. Lo arregló de modo que Leonardo nos encontrara en la cama. Después de que rompiera el compromiso, Lorenzo me obligó a casarme con él, me aseguró que estaba locamente enamorado de mí y que habría hecho cualquier cosa por

conseguirme. Yo le creí. Pero, poco después, empezó a hacer lo mismo que mi padre, a traerme a otros hombres. Le gustaba verme con ellos.

Francesca bajó la mirada apesadumbrada.

-Tenía la esperanza de que su muerte me ayudara a salir de esta pesadilla. Pero no. Por lo que se ve me he convertido en una adicta. No puedo vivir-sin todo eso.

-¡No digas bobadas! -dijo Broche y Francesca la miró sorprendida-. Estás confundida y te sientes sola, eso no quiere decir que seas adicta a nada. Lo que necesitas es la ayuda de un buen psicólogo y un buen hombre que te quiera. ¡Pero no el mío!

Leo se volvió hacia ella y la miró lleno de amor. Broche le sonrió y en esa sonrisa había cientos de pequeños mensajes que lo decían todo.

Francesca tenía razón: haber oído la historia de sus propios labios había sido importante, pues había borrado toda posible duda.

-Creo que lo que necesitas es una clínica especializada. Leo y yo te ayudaremos a conseguir la mejor. Mientras tanto, tienes que recuperarte. Vamos a mandar a la enfermera para que te ayude. Tienes que ducharte y cambiarte de ropa, para que te sientas mejor.

-¿No estás enfadada con Leonardo?

-No. Tu explicación lo ha aclarado todo.

-Te quiere y mucho. Los niños y tú sois toda su vida.

Broche miró a su marido con una sonrisa.

-Bueno, ya está todo resuelto. Leo y yo nos vamos abajo a avisar a la enfermera.

Una vez abajo, Leo no pudo evitar expresar su admiración por Broche.

-Estuviste fantástica. Has conseguido que Francesca acceda a ir una clínica, cuando yo no he conseguido ni que viera a un médico. Quizás debería de haber contado con tu ayuda antes.

Ella sonrió, complacida de que su marido aún estuviera a su lado.

-Sí, deberías de haberlo hecho, Leo. Deberías haberme contado todo sobre Francesca desde el principio y también deberías de haberme dicho que me querías mucho antes.

La abrazó amorosamente y comenzó a acariciarla.

-Tienes toda la razón, debería de haberlo hecho. Pero soy un hombre, un italiano típico, con excesivo orgullo. Cuando llegué a Sydney mi ego estaba tremendamente herido. Yo no sabía nada sobre esta historia. De pronto, me encontré con el par de ojos azules más bonitos que había visto nunca y quise que fueras para mí.

-Y me sedujiste.

-Bueno, está por ver quién sedujo a quién.

Broche se quedó pensativa un momento.

-Sí, tienes razón. Yo me enamoré de ti nada más verte.

-Yo me enamoré a la semana, esa es la verdad -admitió él-. Al principio seguía dolido y confundía ese dolor con amor hacia Francesca.

-¡Vaya! -dijo Broche dolida ante la idea de que se hubiera acostado con ella pensando todavía en Francesca.

-¡Escucha! Pronto me di cuenta de lo que realmente me estaba pasado y de que me había enamorado de ti. Lo que sentí por ti desde el principio era irrefrenable, cosa que nunca me sucedió con Francesca. Al cabo del tiempo me di cuenta de que eso lo provocaba el amor.

Su confesión la resarció de todo dolor. Aquel era su apasionado Leo, que se consumía de deseo por ella.

-Recuerdo cuando tuviste a Alessandro y vi cuánto sufrías. Habría dado cualquier cosa por haber apaciguado tu agonía. Luego, cuando te vi con tu hijo en los brazos y cómo le sonreías, mi amor se hizo tan grande que no se podía ni describir. Mi fallo fue no ser capaz de decirlo, de hacerlo patente. Pero lo sentía, Broche, te aseguro que lo sentía. En cuanto tuve la oportunidad os llevé a la villa para que mi padre y mi madre os conocieran. Estaba orgulloso de vosotros y todavía más cuando vi lo dulce y cálida que eras con mi familia. Eso me hizo amarte aún más. ¿Recuerdas que no podía quitarte las manos de encima?

El corazón de Broche dio un vuelco.

-Sí, claro que me acuerdo. Pero, después de lo que le oí a tu madre, llegué a pensar que aquel apetito sexual te venía de tener cerca a Francesca. Luego, la última vez, cuando no querías tocarme, también pensé que era por ella.

Leo la miró realmente desconcertado.

-¡No, Broche, no tenía nada que ver con Francesca! Estaba casado y agobiado por todo lo sucedido y por lo que me había contado. No quería que mi padre se enterara. Tenía a mi hermano en un pedestal y saber algo así podría haberlo matado. El día que viste mi coche aparcado en su edificio fue porque me había llamado histérica, quería contarle todo a mis padres y yo tenía que impedirlo. Te aseguro que eso fue lo que sucedió. Mi madre no tenía motivos para sospechar de mí.

-Quizás si le hubieras dicho en algún momento que ya no querías a Francesca, no habría sacado conclusiones erróneas. En

cualquier caso, de no haber sucedido todo esto, no habrían salido a la luz cosas que estaban enturbiando nuestro matrimonio sin que yo quisiera darme cuenta. Hice muy mal, al tratar de ser alguien que no soy.

-Pero yo pensé que nuestro matrimonio era perfecto.

-¿De verdad?

-Sí, excepto cuando fingías en la cama -dijo con una sonrisa-. Pero he de reconocer que en eso sí que ha ayudado lo que oíste decir a mi madre. Quizás debería agradecérselo a ella. Es irónico pero, aquella noche, cuando vine a casa después de oír la horrorosa historia de Francesca, quería estar contigo, encontrar refugio en tu cuerpo. Mi madre me dijo que estabas enferma y sentí una gran decepción. Luego, al entrar en la habitación y verte allí tumbada, me pareciste absolutamente irresistible. Tuve que darme una ducha fría para poder controlarme. De pronto, me metí bajo las sábanas y empezaste a tocarme. No me lo podía creer.

-Yo tampoco me podía creer lo que me encontré -dijo ella.

Leo se preocupó.

-Quieres decir que pensaste...

Ella sonrió, quitándole importancia a aquel episodio.

-Sí, y me puse furiosa.

Él sonrió también.

-Pues ponte así de furiosa más a menudo.

-Dime una cosa, Leo. ¿Por qué no me diste la gargantilla antes?

Leo respiró profundamente.

-Pensaba habérsela dado a Francesca el día de nuestra boda. Cuando rompimos, la guardé en la caja fuerte y me olvidé de ella. Pero mi madre la sacó de allí el día que nos volvíamos a Sydney, para que te la diera. Cuando lo hizo, me fastidió no haber caído en ello yo mismo.

Leo le agarró las manos y se las acarició suavemente con los pulgares.

-Lo que he estado intentando hacer últimamente ha sido demostrarte cuánto te quería. Nunca haría nada que te hiciera sentir violenta. No te volveré a pedir que hagas nada de lo que te pedía la otra noche...

Ella lo miró profundamente decepcionada.

-Ya -murmuró desilusionada.

-A menos que tú quieras -continuó él con una sonrisa traviesa.

-¡Eres incorregible!

-Y tú eres increíblemente hermosa -le acarició la mejilla.

-Abrázame, Leo -el dijo-. Abrázame.

La rodeó con sus brazos y ella apoyó la cabeza sobre su pecho. Su corazón latía enamorado.

Sí, era un buen hombre, tal y como Francesca lo había definido.

Era un buen hombre y era su marido, su Leo.

Epilogo

Cinco años más tarde

BROOKE sonrió al ver desde las escaleras del hotel la masa de invitados que habían acudido a la presentación.

-¿Estás contenta con la nueva colección? -le preguntó Leo a su esposa.

-Sí, mucho. Todos los potenciales compradores están aquí, así como todas la revistas de moda más importantes.

El año anterior, Vince había presentado por primera vez su colección en Milán, después de haberlo hecho con mucho éxito durante tres años en Sydney y en Tokio. Sin duda, la marca Orsini estaba llegando muy alto.

Leo había invertido una gran cantidad de dinero, pues su teoría era invertir mucho para obtener más. Eso había dado pie a que superada la primera etapa de marketing, el talento de Vince brillara por si solo.

-¿Tu madre y Matt han llegado ya?

Broche miró hacia la mesa que tenían reservada y vio a los recién casados amorosamente abrazados. Después de cinco años de convivencia, Broche los convenció para que superaran su fobia al matrimonio y se casaran.

-Sí, allí están -dijo ella feliz-. ¡Están impresionantes los dos!

-¿Quién está impresionante? -preguntó Vince.

-Mi madre y Matt -dijo Broche.

-¡Claro! Los dos llevan modelos Orsini. Son mis dos mejores clientes.

Broche se rio.

-Vince le dice eso absolutamente a todo el mundo. Pero ni mi madre ni Matt podrían permitírselo, no con el precio que ha alcanzado su ropa en el mercado.

-La que se gasta una fortuna en Orsini es Francesca.

-Sí, pero es que Francesca se gasta una fortuna en todo desde que está con Cario.

-Ese Cario es un gigoló.

-Pero la hace feliz y no le importa su pasado.

-Claro, lo único que le importa es su dinero.

-No protestes. Es uno de los mejores clientes de Orsini, y tú también, Leo -dijo Broche-. A mí no me engañas. Ese traje que llevas es un Orsini.

Leo sonrió.

-Pues esa maravilla roja de seda que te cubre tan seductoramente es un diseño original, ¿o no?

-Bueno, es parte de mi trabajo estar arrebatadora. Además, quería ponerme la gargantilla y necesitaba algo que me conjuntara -dijo con una sonrisa complacida, mientras tocaba su más preciada posesión.

Si Leo supiera... Pero no se lo iba a decir aún.

-Le pedí a Vince que me diseñara algo especial para la ocasión -dijo ella.

-Pues ha acertado plenamente -eran sus ojos los que decían exactamente lo que pensaba-. Es una pena que no vayamos a llegar a casa hasta el desayuno.

-No creo que tengamos que estar tanto tiempo.

A eso de la una y media de la madrugada, cuando todo el mundo empezaba a irse, Brochee se acercó a su marido.

-El coche que pedí ya está aquí.

-¿Qué coche? Pensé que me tocaba conducir.

-Vente conmigo y no discutas. Tu coche se queda aquí.

Lo sacó del salón y lo llevó hasta la puerta donde una limusina negra estaba esperándolo.

-Si llego a saber que no tenía que conducir, habría bebido un poco más.

-Eso es precisamente lo que no quería que hicieras. Te necesito perfectamente en forma.

Leo se sentó en el asiento trasero con una sonrisa cómplice. Broche se sentó a su lado, le dio instrucciones al conductor en italiano y este cerró el cristal opaco que los separaba.

Leo miró a su esposa sorprendido.

-¿Tú has planeado todo esto?

-Todo, incluido el vestido rojo y lo que no hay debajo -le dio a un botón y se abrió la puerta de un pequeño bar.

-¿Por qué no sirves un par de copas de champán?

La miró de arriba abajo.

-¿Qué querías decir con eso de lo que no hay debajo del vestido?

-Pues, exactamente, lo que te he dicho- lo besó seductoramente-. Feliz décimo aniversario, cariño.

Broche bajó la cremallera lateral que recorría el vestido de arriba abajo y rebeló la erótica desnudez de su pierna.

-Pero nuestro aniversario no es hasta dentro de tres días -dijo él.

-Pues piensa en esto como en un aperitivo de lo que ha de venir -con esto se despojó de cuanto llevaba puesto...